FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
Pablo Iglesias, 30-3.º dcha. - MADRID-4

# CENIT

sociología
ciencia – literatura

## Sumario

La Redacción: **Presentación.**—Bertrand Russell: **El error intelectual del comunismo.**—J. García Pradas: **Puntos de partida.**—Eusebio C. Carbó: **Artistas «sin tiempo» y creaciones sin historia.**—J. Peirats: **Zaragoza a la vista.**—B. Milla: **El extremismo literario.**—Eugen Relgis: **Los libertarios de Rumania.**—J. Carmona Blanco: **La libertad y el Estado.**—Alberto Carsí: **El Monte Blanco.**

**NOTAS**

Felipe Alaiz: **Epicuro.**—Angel Samblancat: **Tartarinópolis.**—R. Mejías Peña: **La novela contemporánea y dos libros de John Dos Passos.**—J. Coll de Gussem: **«La vie et la mort en U.R.S.S.»**

★

**Colaboración gráfica** de Lamolla, Antolín, Call y Forcadell.

1

Enero, 1951

# "LA C. N. T. EN LA REVOLUCION ESPAÑOLA"

Un libro que debe figurar en la biblioteca de todo buen militante. No se trata de una publicación más ni de un simple motivo de propaganda. Es un libro de estudio y de consulta, un registro de todas las luchas de la Confederación Nacional del Trabajo de España, organización que encarna cerca de medio siglo de aspiraciones manumisoras del proletariado ibérico.

En « LA C. N. T. EN LA REVOLUCION ESPANOLA » hablan los textos con prioridad a la tesis y al comentario. La obra abarca el período más álgido de la historia social española, desde 1911 a 1939. El período de depresión económica y de crisis política; el auge del sindicalismo; la época del terrorismo gubernamental; el renacimiento y la decadencia de la democracia española; los movimientos populares contra el caciquismo eclesiástico, contra el capitalismo y contra el Estado; la gran epopeya antifascista del pueblo español a lo largo de tres trágicos años de guerra civil; las realizaciones revolucionarias del pueblo en el aspecto económico, social y cultural quedan debidamente registradas en esta obra, cuyo primer tomo está ya presto a entrar en máquina, y cuyos dos otros volúmenes, casi por entero preparados, se publicarán seguidamente.

He aquí el sumario de los quince capítulos de este primer volumen:

I.—Del Congreso de Bellas Artes a la Dictadura.
II.—Del Directorio Militar a la Segunda República.
III.—La República de Casas Viejas.
IV.—De las elecciones de noviembre a la Revolución de octubre.
V.—El 6 de octubre en Asturias y en Cataluña.
VI.—Fin del bienio negro y triunfo del Frente Popular.
VII.—Del Congreso de Zaragoza al 19 de julio.
VIII.—España en llamas.
IX.—La obra revolucionaria.
X.—El dilema de la revolución y de la guerra.
XI.—La C.N.T. en el gobierno de Cataluña.
XII.—La C.N.T. en el gobierno de la República.
XIII.—La política y la revolución.
XIV.—Consecuencias de la colaboración confederal.
XV.—El Decreto de Colectivizaciones.

En breve se harán públicas las condiciones de adquisición de tan importante obra.

**REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA**

**Director:** A. GARCIA.—24, rue Ste-Marthe, Paris (X).

**Administrador:** M. VILLARRUPLA. — 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 180 francos trimestre; Exterior, 210 francos.

Número suelto, 70 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

**Gerente:** CHARLES DURAND.

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año I | Toulouse, Enero 1951 | N.° 1

# PRESENTACION

APARECE esta revista en tiempos difíciles. El capitalismo en decadencia y el llamado comunismo que se le enfrenta amenazan con hundir al mundo en caos indescriptible. Ni el capitalismo—no porque esté en decadencia: en sus mejores momentos era tan impotente para esa tarea como ahora—tiene solución para los problemas que consigo ha traído, ni el llamado comunismo es solución para problema alguno: la transformación del hombre en instrumento, en no ser, no es paso a solución de nada. Merece el llamado comunismo condenación mayor que el capitalismo, y éste la merece absoluta.

Es parecer de los que redactamos CENIT que el anarquismo, con un sindicalismo cuidadoso de su misión, no sólo habría evitado que el mundo llegara a la situación en que está, sino que puede sacarle de esa situación. Vamos a exponer ese parecer. Ahora desde un ángulo, luego desde otro, poco a poco desde todos. Y vamos a procurar que lo expongan cuantos acierten a exponerlo. A veces, por nuestra parte, con motivo de algún suceso actual. Las más de las veces, sin referencia alguna a la actualidad: no la desdeñaremos, pero nos ocuparemos poco de ella. Lo que pasa y apenas pasado entra en el mundo de lo no existente, no debe dejar huella en columnas que aspiran a vivir más de un día. Es anhelo nuestro que el lugar de lo pasajero lo ocupe lo permanente.

Vamos a delinear, al exponer nuestro parecer, ahora en un aspecto, luego en otro, poco a poco en todos, la sociedad que sería sociedad frente a la que nunca lo ha sido y a la que tampoco lo es: a la que lo es menos que la que nunca lo ha sido. La explotación del hombre por el hombre sustituída por la explotación del hombre por el Estado—otros hombres—no es un avance: es un retroceso. Es posible, aunque penosa, la lucha contra la explotación del hombre por el hombre. Acaba el Estado con toda posibilidad de lucha contra su explotación: elimina, sin escrúpulos, a cuantos les salen al paso; ahoga la protesta antes de que sea protesta; su mayor cuidado es que no sean ni siquiera hombres los que explota.

No nos vamos a contentar con exponer nuestro parecer ni con, exponiéndolo, delinear la sociedad que sería por fin sociedad. Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en que aliente un pensamiento respetable, tendrán eco en estas columnas. Y, siempre que sea posible, cabida. Como el movimiento se demuestra andando, a continuación, umbral de nuestras páginas, encontrará el lector uno de esos pareceres. Se publicó hace unos meses en **El Socialista.** Honra hoy las columnas de CENIT. Otros semejantes las honrarán en lo sucesivo.

No se agotan, con lo expuesto, nuestras aspiraciones. Hay en todos los países hombres que volvieron hace tiempo la espalda al capitalismo, juzgándole incapaz de llegar a sociedad aceptable para el hombre. Muchos de ellos creyeron—aunque inteligentes poco inteligentes en tal ocasión—que el llamado comunismo ofrecía posibilidades de sociedad menos condenable: no pocos le han vuelto ya la espalda también. Andan por ahí en busca de salida para lo que ni el capitalismo ni el llamado comunismo la tienen, sin sospechar que esa salida es la que el anarquismo propone. Vamos a tratar de que lo adviertan. Tienen, casi todos, aunque inteligentes, una idea vulgar del anarquismo. Vamos a tratar de que se

den cuenta de su error. Vamos a hacerles ver, porque no dudamos de que quieren ver, que lo que buscan es precisamente lo que el anarquismo persigue. Y sólo él. Con todas las puertas abiertas. Para el que nada hay por encima de la libertad del hombre.

Vamos a tratar de traerles, haciéndoles ver su error—no dudamos de que en cuanto lo adviertan se desprenderán de él—, al campo en que, sin saberlo, están. No tienen cabida en otro. No tienen puesto sino a nuestro lado. No se está frente al capitalismo y frente al llamado comunismo sino a nuestro lado. En cualquier otra parte que se esté, se está un poco con el uno o con el otro: buscando salida, por tanto, en donde no la hay.

Ni una palabra superficial, a sabiendas, aparecerá en estas columnas. Aceptáremos, gustosos, la crítica de las que, por descuido, en ellas se deslicen. No nos molestará se nos diga dormíamos si en efecto dormíamos. No quiere decir eso que vaya a presidir nuestro trabajo una seriedad estirada, siempre inoportuna. Por nuestro gusto, lo presidiría el humor, instrumento como pocos de liberación.

Sin dejar de ver jamás la paja en el ojo ajeno, veremos la viga en el propio. Y si no la vemos y se hace que la veamos, a quien nos haga que la veamos irá nuestro agradecimiento. Por entero.

Quiere ser CENIT, sobre todo, un medio de liberación moral, indispensable para cualquier otra liberación. Dondequiera que encontremos aportes para esa liberación, los juzgaremos nuestros. Allá los autores si creen incorrecto nuestro proceder. Demostrarán no sentir lo que escriben.

Y ahora, un poco hoy, otro poco mañana, aquí encontrará el lector, con nuestro parecer, la salida para el callejón sin salida en que el mundo está. Que sólo el anarquismo tiene. No es el anarquismo sino un humanismo, el último en fecha y corona de todos. Ofrece al hombre una vida digna del hombre. Cada cual él, y todos uno. Cada cual una persona, y todos, como personas, una sociedad. Que no ha existido hasta ahora, que no existirá sino con el anarquismo, que tardará tanto en existir como tarde el anarquismo en ser su base.

**LA REDACCION**

## EL HOMBRE Y EL DOGMA

# EL ERROR INTELECTUAL DEL COMUNISMO

DURANTE los días de la primera guerra mundial, la Revolución rusa apareció en Oriente como una aurora radiante. Nuestra alianza con la tiranía zarista en 1907 había comprimido el corazón de todos los occidentales humanos y progresivos, y ahora, al fin, parecía que el inmenso peso de Rusia había de inclinarse del lado que nosotros deseábamos. El odio ciego que los reaccionarios mostraban hacia el régimen soviético hacía fácilmente considerar toda crítica como pura propaganda. Cuando yo vi, en 1920, que los fines y métodos del Gobierno soviético me repugnaban, casi todos mis amigos de izquierda se sintieron escandalizados y me condenaron como un renegado. Gradualmente, con los años, el número de los que se han desengañado ha aumentado. Seis hombres famosos han expuesto las razones de su retractación en un libro de notable importancia y valor: «The God that Failed». Estos seis hombres —Arthur Koestler, Ignazio Silone, Richard Wrigth, André Gide, Luis Fischer y Stephen Spender—tenían cada uno razones diferentes para abandonar el Partido Comunista, pero sería difícil, excepto para un dogmático ciego, discutir la validez de esas razones. Y en cada uno de los casos la experiencia de la desilusión ha sido terrible, en proporción a la fe que antes se tenía.

Imagínese a San Juan Bautista transportado por milagro a la Corte de Alejandro VI, presenciar sus delitos y verle alentar los crímenes de César Borgia, mientras pretendía obrar en el nombre de aquel que San Juan había proclamado el Salvador. Lo que hubiese sufrido entonces el Bautista es lo que estos hombres han sufrido en nuestro tiempo. Es verdad que sus esperanzas no eran racionales; de hecho, ni Marx ni Lenin tenían un evangelio que ofreciera muchas perspectivas de humana salvación. No se puede cosechar uva de los cardos, y los escritos de Marx y de Lenin, ciertamente, contienen más cardo que vid. Pero hombres sensibles que sufren profundamente frente al espectáculo de la miseria creada por la crueldad y la injusticia de los fuertes, pueden ser perdonados por su generoso entusiasmo hacia aquellos que se proclaman los defensores de los oprimidos, los cuales afirman que su sistema eliminará para siempre los padecimientos que los hombres se infligen los unos a los otros. Como dice Silone: «El espectáculo del entusiasmo de la juventud rusa en los primeros años de la creación de un mundo nuevo, que todos nosotros esperábamos fuese más humano que el viejo, era enteramente convincente. ¡Y qué amarga desilusión cuando los años pasaron y el nuevo régimen se reforzaba..., al ver que no llegaba la prometida democratización final y, por contra, la dictadura acentuaba su carácter represivo!» Mas Silone termina reafirmando su fe en el Socialismo, con tal de que sea democrático.

En los primeros años, el sistema soviético era criticado casi exclusivamente por aquellos que se oponían al Socialismo. La crítica más interesante, que vino después, es la de los socialistas, los cuales descubren que lo que se está haciendo en Rusia no es lo que ellos habían preconizado. El Socialismo, al principio, perseguía ciertos objetivos: una mayor aproximación a la igualdad, un mayor control de parte de los trabajadores sobre las condiciones de trabajo, una disminución del poder irresponsable y, en fin, como resultado e incentivo, un inmenso aumento en el bienestar general. La realización de estos fines, pensaban los socialistas, exigía ciertas medidas que eran penosas para los ricos; el temor a esas medidas producía la oposición, la oposición llegaba a la animosidad y a la lucha de clases, y al fin eran muchos aquellos en los cuales el odio tenía mayor peso que el originario motivo humanitario. Marx santificó el odio y la lucha. La ganancia para el trabajador venía a ser, desde el punto de vista emotivo y también intelectual, menos importante que el daño al capitalista. El actual sistema soviético es una manifestación de la rencorosa misantropía de Marx.

Las razones que condujeron a los seis autores de «The God that Failed» a la ruptura final con el comunismo son interesantes. Koestler, en el ocio forzoso de una prisión española, se convenció de la importancia del individuo. Silone, cuando fué requerido a participar en la condenación oficial de un documento escrito por Trotsky, pidió ver previamente el documento. Se le contestó que no podía verlo, pero que la disciplina del partido exigía que él debiese condenarlo. Richard Wrigth deseaba seguir siendo un escritor, pero encontró entre sus compañeros ameriacnos un sentido de profunda sospecha hacia los intelectuales, que bien pronto llevó a denunciarlo como traidor. André Gide se sintió, sobre todo, espantado de la idolatría por Stalin y de la falta de libertad intelectual y artística. Luis Fischer, tras muchas vacilaciones, rompió al fin con el partido con motivo del pacto Hitler-Stalin. Spender, que fué miembro del partido por brevísimo tiempo, quedó disgustado por los métodos que los comunistas empleaban para subyugar otros grupos entre los republicanos españoles, lo que fué también causa determinante de la rebetión final de Arthur Koestler contra la ortodoxia del partido.

Por mi parte, considero que estos motivos de crítica—excepto en cuanto concierne a la importancia del individuo—afectan más bien a los síntomas y no a la causa fundamental de la enfermedad. La causa fundamental es, a mi entender, el dogmatismo, así como la ausencia completa de bondad de ánimo. Es precisamente la combinación de estos dos defectos, uno intelectual y otro moral, lo que

parece justificar la dictadura y el uso de medios crueles para reforzar su éxito. Dados estos dos defectos—que existían ya, ambos en Lenin—, todos los males que de ello derivan tenían que desarrollarse forzosamente en su tiempo, a menos que no lo impidiera alguna causa externa. Nada diferente de lo que ha acaecido era de esperar por quien tuviese conocimiento de la Historia y comprensión de la naturaleza humana, o se diese cuenta, a través de la filosofía, de la falibilidad de las convicciones dogmáticas. Desgraciadamente, cuando la duda se hace insoportable y la incertidumbre no es ya tolerable, cuando el espectáculo de los males existentes llega a ser tan penoso como la ansiosa búsqueda de una rápida cura, entonces los hombres rehusan escuchar la cauta razón y aceptan, con el ardimiento de la renuncia, cualquier infundado evangelio aparejado a una promesa de justicia. Esta ha sido la génesis de la fe en los mejores entre los devotos del comunismo.

La Historia ha conocido muchas dictaduras dogmáticas, y sus anales no son alentadores. El primer personaje histórico que formó un gobierno compuesto de hombres escogidos por su adhesión a un cierto credo fué Pitágoras, el cual durante algún tiempo estableció su autoridad en la ciudad de Crotona, exhortando a los ciudadanos a estudiar geometría y a abstenerse de comer habichuelas. Mas, por odio a la geometría o porque deseaban seguir comiendo dicha legumbre, los ciudadanos se rebelaron y hubo Pitágoras de huir. Un ejemplo más importante fué la Iglesia medieval, la cual, bien que nominalmente fundada sobre una religión de amor, buscó hacer valer sus dogmas mediante la Inquisición. El sistema de Cromwell del dominio de los «elegidos de Dios» tenía mucha afinidad con el sistema de Lenin: comenzando con la defensa de la democracia y de la libertad, terminó estableciendo una odiosa tiranía militar. La Revolución francesa, partiendo de los Derechos del Hombre, dió origen primero a Robespierre y luego a Napoleón, y ninguno de los dos tuvo mucho respeto para los derechos humanos. En todos estos casos la fuente del mal consistió en la creencia dogmática en una panacea; creencia tan dogmática y panacea tan espléndida que cualquier crueldad se consideraba admisible para lograr el cumplimiento del objetivo deseado.

En todos estos casos, como en la Rusia soviética, hubo un error de psicología. Dulce es el poder, pero es una droga cuyo deseo aumenta con la costumbre. Los que se adueñan del Poder, aunque sea por el más noble de los motivos, pronto se persuaden de que tienen muy buenas razones para no abandonarlo. Esto es más probable que advenga singularmente si aquéllos creen representar alguna causa extraordinariamente importante. Pensarán que sus adversarios son ignorantes y perversos; no pasará mucho tiempo sin que lleguen a odiarlos. ¿Qué derecho tienen esos malvados para oponerse al advenimiento del bien prometido? Perseguirlos es, sin duda, cosa enojosa; mas, después de todo, no se puede hacer una tortilla sin romper el huevo. En su tiempo, a los pioneros que establecen una oligarquía, suceden en su posición privilegiada hombres hechos de la más común arcilla, que aman los privilegios, pero no tienen mucho interés por el bien prometido. Para estos nuevos hombres lo importante es conservar el poder y no usarlo como un medio para la ascensión a un paraíso final. Y así como eran los medios vinieron a ser los fines, y los fines originarios resultan olvidados. Es una vieja historia, que debería ser familiar en adelante. Y ni Lenin ni sus admiradores han extraído la moral de ella.

Ha habido también lo que se puede llamar un error filosófico. En el catálogo de la locura humana, una infinita serie de afirmaciones, que en seguida se demostraron falsas, han sido presentadas como indudables para justificar la persecución de los escépticos. Se creyó firmemente que se practicaba la magia, la brujería, la magia negra; innumerables víctimas murieron luego de atroz agonía por creérseles culpables de esos pecados. Una mujer española fué sometida a la tortura de la rueda porque había cambiado la ropa blanca en sábado y dijo que la carne de cerdo le era indigesta; bastó eso para que la Inquisición la sospechase hebrea. Los cuáqueros fueron perseguidos porque creían en el Nuevo Testamento, y los librepensadores porque no creían. Toda esa crueldad absurda disminuyó en el décimoctavo siglo y prácticamente desapareció en el décimonono. Nuestra Era la ha hecho renacer. La teología del materialismo dialéctico es sutil como la de Constantinopla en el sexto siglo. (El lector recordará que el emperador Justiniano, según opinión de los ortodoxos de la época que le sobrevivieron, marchó al infierno porque era un «aftardocético», o julianista.) Y el castigo por herejía en la Rusia moderna es tan severo como en las precedentes eras de persecución. ¡Y, colmo de lo absurdo, eso se hace en nombre del «socialismo científico»!

Se dice a veces: «Dado que debemos obrar sobre nuestra creencia, ¿cómo podríamos hacerlo si toda nuestra creencia son dudas?» Dos respuestas se pueden ofrecer. En primer lugar, son diversas gradaciones de duda; en algunos casos la duda es casi inexistente. En segundo término, algunas acciones causan leve daño si la creencia que las inspira es falsa, mientras otras causan grave daño, a menos que la creencia que las inspira no sea exactamente verdadera. Si se es liquidado o quemado en la pira porque no se está de acuerdo con la autoridad constituída respecto a cualquier abstrusa cuestión teológica, ningún otro daño es provocado por esto, salvo que la autoridad no esté perfectamente segura no sólo de su opinión, sino de su creencia de que el error sobre aquella cuestión puede provocar consecuencias desastrosas. Y a la inversa, si, por ejemplo, se sale de casa con paraguas creyendo que llueve mientras, por contra, hace buen tiempo, no se deriva de ello, ciertamente, ningún grave daño. La teoría comunista de la dictadura presupone que el éxito final de alcanzar la meta es cierto—tan cierto como para justificar al menos una generación de sacrificio, esclavitud, odio, espionaje, trabajos forzados, extinción del pensamiento independiente—y rehusa colaborar en modo alguno con naciones que tienen gobiernos considerados heréticos. ¿Existe un sistema en todo el campo de la especulación humana que posea un tal grado de certeza? Yo no lo creo. Y aunque existiese, no es el credo staliniano.

De estos errores fundamentales de historia, psicología y filosofía ha seguido por lógica inevitable todo lo que es repelente en el comunismo. En 1918 la Asamblea Constituyente de Rusia tenía una mayoría antibolchevique. Por eso los bolcheviques, ciertos de hallarse del lado de la razón, deshicieron

la Asamblea y se vieron obligados a gobernar abiertamente con la fuerza. No teniendo ninguna base legal para conservar el Poder, hubieron de prohibir todos los otros partidos políticos. Cuando una minoría posee el poder por la fuerza, debe fundarse sobre la policía. La situación crea una tiranía policíaca determinada por el temor de la conspiración: la tiranía produce la infidelidad y la infidelidad aumenta el miedo a la conspiración. Este círculo vicioso restringe continuamente el cerco de los que detentan el poder y aumenta la parte de poder correspondiente a aquéllos que controlan la policía. Pronto o tarde la policía, para mantener su poder, inventa complots o procede de modo que agentes provocadores los fomenten. Al fin, cada cual sospecha del otro, los hijos denuncian a sus progenitores, las mujeres denuncian a sus maridos. Cada uno sabe sólo que puede llegarle el turno mañana, con pelotón de ejecución, la prisión secreta o la muerte lenta en los trabajos forzados del Artico. Esta es la realidad salida de una demasiada ferviente fe que creía haber encontrado el camino de un paraíso terrestre.

Al comienzo los comunistas, bien que detentasen el poder en sus manos, hicieron una tentativa para asegurar la igualdad económica, que fué siempre uno de los fines profesados por el Socialismo. La primera generación, que sufrió exilio y persecución por su ideología, continuó viviendo austera y sencillamente. Mas todo esto cambió, como todos habrían debido prever, cuando el comunismo encontró de manera evidente la senda del éxito y atrajo a los ambiciosos. ¿Qué ventaja tiene el poder sin el botín? De esta forma, la desigualdad económica vino a ser de nuevo deliberadamente introducida. Ahora, según informaciones que se han podido obtener, esa desigualdad es mayor en Rusia que en cualquier otro país. Los Sindicatos son parte en el Gobierno; un obrero negligente puede ser enviado a un campo de trabajo forzado o privado de la carta de aprovisionamiento; el verdadero proletario es más impotente que lo fué en Inglaterra en los días peores de la revolución industrial. El trato reservado a los trabajadores agrícolas en Inglaterra, como se refiere en el «Village Labourer» de Hammonds, era espantoso; pero no llegaba a la muerte y la deportación de millones de campesinos deliberadamente dispuesta por Stalin. La vida de Oliver Twist en el Hospicio era poco placentera, pero era un paraíso en comparación de la de los niños sin hogar, como se describe en «New Civilisation» de Webbs.

El trabajo forzado en Rusia, como la ley para los pobres en Inglaterra en el siglo XIX, es un ejemplo de humanitarismo desviado. La idea originaria era que el vicio no es innato en los criminales, los cuales son, al contrario, víctimas de las malas condiciones sociales. Déseles sanas condiciones de vida y un trabajo honesto, y se corregirán. Pero Rusia, desde la primera guerra mundial, se encontraba en malas condiciones. Para evitar que el delito fuera atrayente, el trabajo correctivo impuesto a los criminales debía ser duro y desagradable. Poco a poco, el secreto y el poder despótico produjeron su natural resultado. Los campos de trabajo eran económicamente rentables; la ausencia de maquinaria no representaba tanto como el empleo del trabajo «libre»; las malas condiciones no importaban nada desde el punto de vista de la autoridad. Y así los criminales vinieron a ser útiles, tanto que debió asegurarse un suministro constante mediante modificaciones de la ley, depuraciones, deportaciones, especialmente de polacos y otros ciudadanos extranjeros de países conquistados. De fuente autorizada se calcula que el 16 por 100 de los hombres adultos residentes en el territorio de la U.R.S.S. son condenados a trabajos forzados. Este es probablemente un cálculo exagerado, mas la cifra ciertamente asciende a muchos millones. Y no hay duda alguna de que las condiciones de éstos son desgraciadas por encima de toda imaginación.

Un mal en Rusia, que es una condición para la supervivencia de los otros, es el secreto. Negro, impenetrable secreto, no sólo a propósito de esto o de aquello, sino para todo. Las otras naciones publican estadísticas; los rusos, no, salvo la estadística de propaganda acerca del futuro. Las otras naciones permiten a los extranjeros viajar libremente en sus países, excepto en unas pocas zonas militares; los rusos, no. Los otros Gobiernos permiten a sus ciudadanos salir de viaje al exterior; el Gobierno soviético, no, por temor a que sus ciudadanos hagan desfavorables comparaciones entre las condiciones en Rusia y las condiciones en el resto del mundo. En Siberia nord-oriental, un área tan vasta como Francia y Alemania juntas, que es habitada sólo por funcionarios y forzados, existe una extensa zona aurífera considerada casi tan importante como la del Sur de Africa; pero nadie, fuera del Gobierno soviético, sabe ni aproximadamente lo que ella produce. Cuando el presidente de la Royal Society quiso informar a Vavilov, que había sido elegido miembro honorario de dicha institución, no logró descubrir dónde se encontraba aquél, ni siquiera que se hallara vivo o muerto. ¿Qué está ocurriendo tras la cortina? No la realización de una Utopía, creo yo. En los tiempos de los zares había un libro famoso: «¿Quién puede ser libre y feliz en Rusia?» Ningún libro de este género podría ser publicado en la Rusia de Stalin.

No he hablado de Rusia en sus relaciones internacionales. Este es un tema familiar al público de todo el mundo. El imperialismo soviético, la mala fe soviética, la negativa soviética a impedir la carrera hacia el armamento atómico, todas estas cosas son feas, pero no son nuevas, igual que los males internos. En Rusia, como en un inmenso laboratorio humano, el estudioso puede ver cuál es la consecuencia de dejar campo ilimitado de acción al impulso del poder en un moderno Estado monolítico. Es un espectáculo terrible; y todo deriva de errores en el pensamiento de Lenin. Y es precisamente esta derivación de error intelectual la que yo he querido singularmente demostrar.

**Bertrand RUSSELL**

# PUNTOS DE PARTIDA

**EL VIEJO COMUNALISMO.**—Hay que empezar a construir por los cimientos, y si lo que hay que construir es un sistema social, ningún cimiento es mejor que el de las costumbres e instituciones que lo contienen ya como en germen. En nada conviene obrar de golpe y porrazo, ni hay novedad que no encuentre resistencia, oposición; pero a veces pasan por novedades cosas que sólo lo son a medias, y si de éstas se presentase la parte vieja, en vez de la nueva, resultarían más aceptables. En otras palabras: el programa comunista libertario de la C.N.T., que existe por esquemático que sea, presentado como una novedad alarma a quien no lo entiende o a quien barrunta su ruina en él; pero presentado como secuela de instituciones que ya existen en España desde tiempo inmemorial, se entenderá fácilmente, se le verá realizable y será aceptado con entusiasmo por cuantos pueden beneficiarse con él —que, en verdad, son todos—. Y hay otra razón para proceder así: por muchos avances que prometamos, por muchos saltos históricos que nos propongamos dar, siempre ocurrirá que nuestro progreso ha de partir de las cosas existentes. Esta es una ley eterna. Hemos desdeñado por largo tiempo el viejo comunalismo, pero en la revolución—en lo mejor de ella, que fué la obra colectivista rural—volvimos de lleno a él si bien a trueque de llamarlo comunismo libertario. Lo que logramos a tiros en circunstancias excepcionales, era, sobre poco más o menos, lo que pacíficamente se había hecho y mantenido durante siglos de vida labradora en centenares de Concejos españoles. Si alguien lo duda, que lea a Costa, a cuyo bagaje de información sobre el colectivismo agrario voy a añadir unos datos concernientes a mi pueblo, que es Quincoces de Yuso, en el valle de Losa, al norte de la provincia de Burgos.

**HACENDERIA.** — Toda aldea necesita caminos, lavadero, alberques, etc., y no hay ninguna que espere lograrlos con rogativas a Dios ni memoriales al Estado; aunque cualquiera lo esperase, se quedaría esperándolo. Todas tienen que hacerse esas cosas por su propia cuenta, y en mi pueblo —hasta la guerra civil por lo menos—eran fruto de la labor comunal, que se llamaba hacendería, palabra que, naturalmente, viene de «hacer» y vale tanto como faena. Las obras de hacendería, o labor común, eran decididas en Concejo abierto de cabezas de familia—sin distinción de sexo—, ante la mesa de alcalde y regidores. Si, por ejemplo, se acordaba hacer unos abrevaderos en la sierra, un día, a las seis o las siete de la mañana, daba su toque peculiar la campana de Concejo, y los vecinos se reunían a la salida del pueblo, para irse todos juntos a la tarea común.

Cada familia tenía que aportar a la empresa un hombre, o la pareja de bueyes, o la carreta. Era posible eximirse del trabajo comunal, y lo hacían los llamados «rebajaos d'hacendería»: el médico, el boticario, el maestro, varios tenderos, algún rentista de medio pelo. Pero éstos tenían que pagarle al Concejo su exención: cierta cantidad de dinero, algo superior al jornal medio de un día, determinada por el Concejo, y no por ellos. Lo pagado por estos «rebajaos d'hacendería» les venía muy bien a los demás, porque solía emplearse en vino, que jamás se consumía en el tajo. Allá se hacía algo mejor: al terminar la faena del día, a la que cada cual aportaba sus conocimientos técnicos y su mano de obra, se volvía a casa; echaba la gente una mirada a su ganado, charlaba un rato con la familia, y después, también a toque de campana, iba «a beber» a la Casa del Concejo, donde cuantos habían trabajado, sentados muy a su gusto, cenaban de frío, pero de firme, servidos por el alcalde, que escanciaba el vino, y por los regidores, que iban pasando los vasos alrededor. A la hora o cosa así, se daban las buenas noches, y a descansar.

Huelga decir lo que puede hacer un pueblo, por pequeño que sea, sin oposición de ninguna clase, cuando tiene labores de esta índole y no carece de iniciativa. Hoy son los alberques, mañana es la bolera o el frontón; ya es un lavadero, ya es una fuente; tan pronto es un camino como una acequia; ora es un molino, ora es un horno. Sin pedir permiso a nadie, se puede hacer maravillas; y cuantas más son las hechas, mayores las ganas de hacer muchas más. La gente confía en sí misma: no sólo un vecino en otro, sino todos ellos en su conjunto, que cada día se atreve a más. Vais a ver cómo se puede pasar de una cosa a otra.

**MOLIENDA.**—Mis paisanos hicieron dos molinos: uno, en el pueblo, y otro, a la entrada de la sierra, donde había un pequeño salto de agua. Las obras eran muy toscas, pero hicieron su servicio. Como ambos molinos eran del pueblo, y éste no quería desprenderse de ellos vendiéndolos a un riquillo, hubo que ponerlos en rendimiento por cuenta del Concejo, que al hacerlo socializó o colectivizó el servicio de maquila. El modo de hacerlo fué este: subastar el servicio, a fin de que se quedase con él el molinero dispuesto a realizarlo de manera responsable por menos dinero, o paga: tantas fanegas de trigo, tantas de yeros, tantas pesetas al año, siempre «con techo en el molino». Cerrado el contrato entre Concejo y molinero, no se hacía escritura, porque bastaba el ser cosa pública entre vecinos que presumían de ser hombres de palabra; todos tenían la molienda gratis—aunque pagada por la comunidad—, y el Concejo enviaba al molino sus veedores o inspectores cuando menos lo esperaba el molinero, que procuraba tenerse más derecho que una vela.

**PASTOREO.** — Por el mismo procedimiento se ajustaba el pastoreo de los rebaños del pueblo: lanar, cabrío y vacuno. La familia de pastores dispuesta a hacerlo por menos, se quedaba con ello,

siempre con plena responsabilidad ante el Concejo abierto, que no demandaba mucho, pero en lo poco exigía buen servicio; y tan bueno lo tuvo, que durante un par de generaciones no hubo allí más que dos familias de pastores, ambas provistas de casa en el pueblo y de adecuadas cabañas en el monte, todas ellas obra de hacendería. El ganado vacuno pasaba el año en la sierra, de donde sólo bajaba si había nieve o había que llevar reses al mercado o a la arada. Cabras y ovejas, en dos rebaños distintos, se ponían de mañana a la salida del pueblo, desde donde los pastores se las llevaban al pasto, para volverlas al mismo sitio al anochecer, cuando la chiquillería las llamaba, sal en mano, para guiarlas en grupos a los corrales caseros.

Los corderos lechales no iban al monte, sino a un carrascal vecino al pueblo, donde podían triscar y pacer sin cansarse. El pastoreo de los corderos estaba a cargo de la gente menuda, que se lo iba pasando de casa en casa, por turno de vecindad, sin más que gritar: «Juanillo: mañana, tuyos los corderos.» Eso bastaba para que Juanillo, al día siguiente, estuviese muy serio en su lugar, esperando el rebaño como un hombre. Y de manera semejante se hacía el pastoreo de los bueyes de labranza y del ganado caballar que se empleaba en la trilla. Durante el verano, hacia las cuatro de la tarde, eran sacados los animales a las afueras del pueblo, para que alguien los llevase a pacer y pasar la noche al fresco; y los llevaba cualquier vecino a quien otro le dijo el día anterior: «Mañana, tuyos los gües.» O bien: «Tuyos los caballos.»

**SEMENTALES.**—Otro servicio comunal, propio de tierras ganaderas, es éste, que en mi pueblo resultaba casi gratuito. El Concejo no compraba moruecos ni bucos, porque le era innecesario, ya que algunos vecinos, que los tenían, los echaban a pastar con los rebaños, y el conjunto vecinal sólo tenía que impedir que los llevados «en vereda»—como dicen por allá—fueran machos de mala calidad. Pero, por el contrario, el Concejo compraba buenos verracos. buen toro, buen garañón, buenos caballos de remonta—o de parada—. De mantener los verracos se cuidaba un vecino, remunerado por el Concejo en las condiciones más ventajosas para éste; y lo mismo ocurría con los demás sementales. Como los caballos losinos constituyen una raza peculiar, corta de alzada y de pienso, pero muy dura y viva de sangre, la recría caballar tenía alguna importancia, y el Concejo, por lo tanto, ponía el mayor esmero en la selección de caballos padres. Siempre solía haber dos, de los que se encargaba, como mozo de parada, un tal Esteban Legaña, que tenía hasta coplas del oficio:

¡Ay, qué tarrito de miel
para el señor Coronel!
¡Coronel, no abuses de ella,
que la potranca es doncella!...

Y, para librar de coces a los sementales, había también otro caballo entero, al que llamaban «el Relinchín», cuyo infortunado oficio era «registrar» las yeguas por ver si estaban de vez: si no lo estaban, para él las coces, y si lo estaban, para los otros las yeguas... El Estado, cuando al cabo se enteró de que el caballo losino era excelente, quiso mejorarlo, y envió todos los años dos sementales de raza árabe, muy fachendosos y peripuestos, que sólo valieron para estropear la raza formada en la serranía, pues la finura de cabos y la vivaz, pero endeble nervadura de sus rastras, no eran adecuadas para aquellas tierras, que demandan poca vistosidad, pero mucha resistencia.

**MONTES COMUNALES.**—De lo dicho se desprende que montes y carrascales en que pacía el ganado eran del pueblo. Sin embargo, los más de ellos llamábanse «del Estao». Pero en mi aldea natal nadie recordaba haber pedido permiso a Burgos, y mucho menos a Madrid, para meter su ganado allí. Tampoco para hacer leña. Esta se hacía por suertes, y del modo que expondré. Los regidores y el guarda forestal subían al monte y elegían las hayas que, por su mala condición, había que echar abajo. En elegirlas, las marcaban con números romanos, hechos a hachazos en el tronco: I, II, III, etc. Cada número correspondía a una suerte, a un lote, en el que había varios árboles; pero, en conjunto, los de cada uno equivalentes a los de otro. Una vez hechas las suertes, se sorteaban en Concejo, y cada cual bajaba a casa la suya, que todos le respetaban, cuando más le convenía. Lo mismo ocurría con las suertes de hoja—es decir, de gavillas de ramaje procedente de poda de carrascales, robledos y hayales tiernos—: hechas las gavillas, se hacinaban en suertes, y cada cual se acarreaba la suya a casa. Pero la poda era un día de hacendería y de fiesta, porque en ella intervenía el pueblo entero: hombres, mujeres y chicos. Una romería en el manso sol de principios de otoño, con sus rondas de bota y de pandero, mucho grito, mucha risa, mucho canto y mucho baile.

**EL SEXMO.**—Pero no todo es cantar y bailar en este mundo: si hay bautizos, hay entierros. Todos los casados de mi pueblo pertenecían a una cofradía, presidida por el cura y administrada, bajo inspección de veedores concejiles, por el sacristán. Llamábanla «el Sesmo», corrupción de «Sexmo», que en lejanos tiempos fué una merindad, si no estoy equivocado. Tal cofradía pagaba el entierro del vecino muerto sin dejar recursos para tal gasto —caso que nunca se dió—; rezaba por él cuatro rosarios en un mes, y al cabo de este tiempo se reunía una tarde, después de Vísperas, en el pórtico o a la entrada de la iglesia; y, bajo la presidencia y la dirección del cura, salmodiaba unos responsos, y entre cada dos echaba un traguillo —que el sacristán escanciaba—y comía su merienda: pan y queso, pan y chorizo, pan y abadejo, pan y lomo... De la cofradía, que tenía una pequeña cuota fija y recibía contribuciones voluntarias, dependía el esplendor del culto religioso, que solía resultar bastante majo, digan lo que quieran los tragacuras urbanos. Tan orgullosos estaban los vecinos de mi pueblo de su coro de cantores como de sus cuadrillas de jugadores de bolos.

**LA MINADA.**—Malo es que muera una persona; pero, entre pobres labradores, frecuentemente es peor que se muera una bestia de labranza. Allá en mi tierra, pelantrín sin buenos bueyes, hombre al agua. Y como los bueyes se desgracian de mil modos, y una yunta cuesta un carro de dinero, los vecinos han tenido que ayudarse a resolver el problema de la pérdida de bueyes. Tienen una sociedad de socorros mutuos, a la que llaman «la Minada»—si alguien sabe por qué, dígamelo—. El día del Angel, que es

el 1.º de marzo, ateo lector, todos los bueyes del pueblo, con gran lujo de colleras con esquilas y fronteras con madroños bajo un yugo de boj, trabajado con esmero y cubierto por una piel de merino, son llevados, de mañana, a una vasta campa próxima al pueblo, donde los «desaminan y registran» dos veterinarios, el alcalde y los veedores de minada, que suelen ser tres. Llega el grupo a un mozo, que se enorgullece de su pareja, y le pregunta un veedor:

—¿Cómo se llaman los gües?

—Corzo y Rebeco.

—¿Cuál es el Corzo?

—El de la mano aentro.

—¿Cuánto han costao?

—Tantos miles de reales, entregaos a tocateja en la feria de Medina.

—Pues, amigo... te asaron en el trato. ¡No los valen!

Los veterinarios, mientras tanto, han examinado la yunta, y dan su informe a los veedores. Uno de éstos, que lleva el libro-registro de la Minada, apunta en él el nombre del propietario y los de ambos bueyes. En un amén, los tres veedores tasan las bestias, siempre un poco por lo bajo, y, a la vez que el del libro toma nota de ello, informan al mozo que las presenta. Si éste o su padre no están conformes con la tasa o el aprecio de los veedores, puede quejarse en Concejo y someter el asunto al arbitraje de unos vecinos, «hombres buenos».

Tasadas las bestias nuevas, vueltas a tasar las viejas si se cree pertinente en algún caso, supongamos que luego se despeña un buey. Su dueño, entonces, recibe de la Minada la cantidad en que fué tasado, y se reserva la piel de la bestia, que bien le vendrá para hacerse abarcas y otras cosas de mucho menester. En cuanto a la carne, si el veterinario la declara buena para el consumo, se reparte por igual entre todos los miembros de la Minada, y como al riquillo le da vergüenza tomar su parte, se la deja a los demás necesitados. El dinero para el pago del siniestro procede, naturalmente, de las cuotas que pagan los asociados, que jamás tienen gastos de administración, porque no hay veedor que cobre.

**EL RICO, A SOLAS.**—Los labradores de mi tierra pocas veces tienen vacas de leche. Les resultan caras, en comparación con las ovejas y las cabras. Quienes las tienen, son quince o veinte riquillos, y los muy perillanes han solido insistir en que el Concejo pague los pastores que necesitan para ellas; las cuales, por no ser ganado de braña, de altura, no pueden ir con las bravías al monte. Pero el Concejo se las ha tenido tiesas: «Vacas de ésas, quien las tenga que las cuide.» Y, en efecto, los riquillos han tenido que pagarse sus pastores. En mil detalles como este se advierte la tenaz pero pacífica oposición de la mayoría pobre a la pequeña minoría acomodada, que se ve en la necesidad de pagar caros sus privilegios, y bien podría ser puesta en el brete de perderlos o mantenerlos con pérdidas. Es cuestión de iniciativa, donde tendrán campo abierto los obreros sensatos, emprendedores, que se vuelvan de la fábrica a su pueblo, pero sólo si vuelven sin consignas de mitin, con ganas de trabajar y buena dosis de cautela.

**CASA DE LOS POBRES.**—Cuando yo era chaval, a menudo venían por mi pueblo mendigos de otras regiones sin defensas comunales. Se les socorría de buena gana, aunque jamás con largueza; pero como los más de ellos solían emborracharse y armar la de Dios es Cristo en cuanto se hacían con unos cobres, nadie quería darles posada, ni sin pagar ni pagando. No obstante, menester era dársela, porque las noches suelen ser frías todo el año. Y para resolver el problema se recurrió al procedimiento empleado en la cuestión del pastoreo: «Necesitamos un cuarto con dos camas. ¿Quién lo da por menos?» Quien se ofrecía a tenerlo siempre en adecuadas condiciones de limpieza por la menor remuneración se quedó con el servicio, y su casa fué llamada «La Casa de los Pobres». No tardaron en saberlo los mendigos, y aquel que llegaba al pueblo, después de rondarlo de puerta en puerta, la buscaba como quien busca la fonda. El servicio se mejoró por dos bandas: mendigo borracho, no hallaba asilo; mendigo admitido, cenaba de caliente.

**INCENDIOS.**—Quienes creen que el hombre, y especialmente el inculto y miserable, es un egoísta más encerrado en su concha que el molusco, no ha visto la vida ni por un agujero. Yo recuerdo tres incendios habidos en mi valle cuando yo era un chiquilán, y especialmente uno, que ocurrió en invierno, cuando había media vara de nieve en unos sitios y una en todos los demás. Una noche, ya a hora muy avanzada, se oyó una campana a un lado del valle, frente a mi pueblo. Cinco minutos después, las de todos los Concejos repicaban, tocando a quema con premura trágica. La gente se echó a la calle. Allá en la costanera del ábrego, alta en la loma coronada por un pobre aldeorrio, ardía una casa. Nadie sabía de quién era, ni hubo quien lo preguntara. Pero más de diez caballos rompieron las cinchas, de apretados, en la nieve que cubría los caminos y se arrimaba a los bardales por donde bravos jinetes les hicieron saltar. Pueblos enteros subieron ladera arriba; y todo soltero o casado con pundonor se jugó la vida disputando al fuego bestias y enseres, la hacienda de una familia. Era la casa de un pobre viejo, cuyos hijos se habían ido a América. Se perdió entera, porque allí todas las casas tienen henar y pajar dentro. Yo le vi a él, luego, pidiendo de puerta en puerta, con sus alforjas al hombro el primer día, luego en una yegua que le prestaron. Pero no pedía por caridad; es decir, no pedía limosna; pedía con confianza, sin la menor humillación, sabiendo que la costumbre era pedir la ayuda de sus vecinos. Sacó sus dos mil pesetas, entre dinero, celemines de grano, chorizos, quesos y huevos. Y el valle, de hacendería, le hizo otra casa en el solar de la anterior. Huelga decir, mis queridos lectores proletarios, que los ricachos del valle y la gente de carrera que allí había no se quedaron atrás, ni en reventar potros al acudir al incendio ni en socorrer al vecino luego. Era una cuestión de honor, a fuer de ser consuetudinaria.

**BATIDAS.**—De cuando en cuando, una intensa nevada repentina hacía preciso subir al monte en busca de los pastores; al menos, de los de altura, que se quedaban allá con las yeguadas y las vacas de braña. Se partía del pueblo a toque de campana, y las hileras de labriegos, con sus obscuras anguarinas de capuz, sus sogas en la mano, sus abarcas de cuero y sus «calcitos» de lana hasta la

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS BIBLIOTECA

pantorrilla, parecían gente de la Edad Media, lomas arriba. Más de una vez fueron bajados los pastores en angarillas, medio muertos de frío. Y vacas y yeguas eran bajadas de modo muy peculiar: las hileras de labriegos tendían las anguarinas sobre la nieve, y los animales, sin perder pie, sin atropellarse, tan en fila como si fuesen soldados cruzando desfiladeros, iban avanzando por aquella alfombra obscura, que impedía que se hundieran...

Otras veces, las nevadas en la Sierra del Escudo obligaban a los lobos a bajar hacia mi tierra; y en cuanto hacían estrago en los rebaños se les daba una batida, en la que participaba todo mi valle, y en ocasiones el de Montija y el de Mena al mismo tiempo. Se pasaba lista en un descampado de carboneo, ya monte adentro, y se multaba a quien no asistiese, porque «de veinte p'arriba, hombre por casa». En pasar lista, dividíase la gente en numerosas cuadrillas, que con gran jolgorio ojeaban el hayal, ladera adelante, avanzando siempre en ala hacia la lobera. Ya os diré qué es esto, pero imaginaos antes lo que son miles de voces en un hayal que, por kilómetros y kilómetros, entreteje su ramaje como un palio de bruma... ¡Los troncos tiemblan! Se diría que enmudecen los torrentes, pues ve uno caer el agua por la Peña de Angulo, en un salto de 100 metros por lo menos, y no la oye en el estruendo de la gente. ¡Quien allí no es poeta, es un pedrusco!

La lobera es un gran ángulo formado por dos paredes de hasta un kilómetro de longitud, con una entrada de medio kilómetro. Las paredes, que son altas, tienen espinos arriba, y en su punto de contacto hay un portillo, hecho adrede, con cisternas o pozos secos detrás de él. Tales pozos se cubren de ramaje el día de la batida. La entrada de la lobera ha sido talada de árboles, y se domina desde un cerro cercano. Dentro, en la lobera, hay chozas entre la maleza, y en ellas se apostan los cazadores provistos de escopeta. Tales puestos de espera se subastan en Concejo.

Volvamos a los ojeadores, que aprendieron en la escuela comunal de los viejos Monteros de Espinosa. Baten en ala la sierra, sin pronunciar la palabra «lobo» hasta ver la fiera. Cuando la levanta un grupo, él, y sólo él, grita: «¡Lobo, lobo!» Los demás, cada cuadrilla atrayendo a su vecina, corren por el hayal; y las puntas del ala se van cerrando hacia la lobera como ramas de compás. Es una simple maniobra de caza y guerra, primitiva y bella, de la que muy pocas veces se escapa el lobo levantado. Metido éste en la lobera, la gente, que entra en ella siguiéndole, suelta sus perros tras él, y los cazadores apostados emplean sus escopetas cuando se les pone a tiro. Si escapa de ellos, es forzado a saltar por el portillo, y en cuanto lo hace cae en los pozos, donde perece, ya de un tiro, ya de un hachazo de algún bravo que se tira a ajustar cuentas con él.

**LA IGUALA Y OTRAS MINUCIAS.**—Los dos veterinarios que hay en el valle, los dos médicos, el boticario y los maestros de las pequeñas aldeas —que si quieren tenerlos tienen que pagarlos de su bolsillo, porque el Estado no les envía ninguno— son pagados a iguala, y no en dinero, sino en grano. Esto es cosa corriente en muchos sitios de España, y por eso mismo es de mayor importancia. Pero hay más costumbres comunalistas. En cada pueblo, no hay mozo que sea mozo con rango un tanto oficial hasta que es mozo de cuadrilla. La cuadrilla es el convento, la congregación, la iglesia en que se consagra la mocedad. Los mozos de cuadrilla rondan sin percance ni temor alguno; si cortejan, nadie se mete en su coto; si hay ronca en las romerías, tiran de estaca del mismo lado; si una moza de su pueblo es requerida por un galán forastero, éste tiene que pagarles un tributo, una merienda, y si no, no se la lleva ni con la Guardia civil. Su gran día de fiesta es el de Santa Agueda, la de los pechos en la bandeja. ¿Qué mejor patrona del mocerío? Semanas antes pasan pidiendo por las casas, con mucho son de panderos y coplas viejas. Hacen un buen apaño de provisiones, y el día de Santa Agueda invitan a las mozas a una merendola, en la que suelen comer los hormigos de las colmenas catadas en medio pueblo.

Terminaré recordando que la gente menuda también tiene su día comunal: el de «Aguilando»—los Reyes—. Van, muy de mañana, los arrapiezos con mocos y villancicos de puerta en puerta, muy tieso el rabo de la camisa, que sale por la culera con frescura de carámbano... Todos empiezan por visitar a sus padrinos y decirles que allí están «pa servir a Dios y a usté»; pero después no pierden puerta, que en una hay higos, en otra nueces, en ésta pasas, en ésa cobres y en todas y cada una la afectuosa recepción de la familiaridad. Aquel día, en efecto, cada aldea parece una familia.

**TOQUES DE ATENCION.**—Si un revolucionario de esos a machamartillo, que suelen ser unos majaderos, fuese a mi pueblo el día de la Minada, cuando todos los labriegos engalanan sus yuntas y las lucen con orgullo, en cuanto viera su reunión comunal, de apoyo mutuo secular y espontáneo, advertiría una cosa: que quitarles los bueyes de golpe y porrazo es cosa imposible, como no se haga con ejércitos. Cada cual quiere su yunta, y hay que dejársela, siquiera sea para que la cuiden como si fuera las niñas de sus ojos. Si en vez de repartir la leña por suertes, a partes iguales, de buenas a primeras se decidiese que cada cual la tomase de un montón, probablemente se acabaría a leñazos. Si en aquellas aldeas se entra en son de guerra, con intención de matar al cura y a una docena de ricachos, se armará una tremolina de mil diablos, se sembrará el odio a voleo, se arruinará lo que ahora quede del viejo comunalismo. Si se va con consignas de Partido o con sonsonetes de Sindicato, pocos los entenderán, por no éntenderlos se asustarán muchos de ellos, y a poco que uno se descuide, dará lugar a que el Concejo sea otro cuartel de la Guardia civil. Hay que ir con tiento a los pueblos, y no tan sólo a enseñar, sino también à aprender, que este mundo no es cosa de ayer tarde, y en él madrugan los labrantines mucho más que los pijaites, aunque éstos no se lo crean.

**EMPALME Y AVANCES.**—Lo que he descrito, tuvo—por ser antañón, popular y vitalista—su emoción, su poesía, como la tiene una jota cantada a coro. Pero no hay que verlo con antiparras estéticas ni anteojos sentimentales. Hay que verlo como un conjunto de realidades sociales, engendradas por los apuros del vivir; como una serie de formas elementales de la prosaica y trabajosa existencia. Y conviene, además, tener en cuenta que todo aquello nació no solamente sin intervención de Sindicatos

obreros ni de Partidos políticos, sino también antes que éstos y que toda suerte de teorías políticas, a las que siempre—si ellas valen más que sueños—se anticipan hechos y realidades sociales. El viejo comunalismo es o fué el parapeto de la miseria frente a la muerte, y jamás podrá ser el balcón de la abundancia. Si bastó en la Edad Media, no bastaría en la actualidad, porque sus autárquicas limitaciones impedirían el amplio juego que reclaman las fuerzas económicas creadoras de la gran riqueza que necesitamos. No debemos volver a la vieja comuna para estarnos en ella y aldeanizar la vida, y mucho menos se ha de hacer eso en nombre de doctrinas de avance y de avanzada, como la comunista libertaria. Lo que hay que hacer es entroncar el pasado comunalista con el presente sindicalista para crear el mañana comunista libertario.

Pero algunas advertencias he de hacer. La primera es ésta: hay que descargarse de envidias y odios, para cargarse de iniciativa y generosidad. Desde los tiempos de Marx y de Bakunin, la lucha revolucionaria del proletariado se ha venido ajustando a un funesto error de interpretación histórica: el de la eliminación de la tesis por la antítesis para crear una síntesis superior a entrambas; el de la lucha de clases llevada al último extremo, de aniquilación de la burguesía por el proletariado. Eso es una copla negada por la Historia de todos los tiempos. Las clases, ni se aniquilan unas a otras ni conviene que lo hagan. Tampoco se ha dado jamás el caso de que un régimen social desplace a otro de la noche a la mañana. Regímenes y clases se transforman; las sociedades cambian de tipo—y, en cierto grado, de naturaleza—, como se va transformando el cuerpo humano en el proceso celular de su existencia. Se ha puesto excesiva atención en el parto, en el quebranto instantáneo del cascarón, y demasiado poca en lo que da lugar a ello: la prolongada gestación. No habrá nueva sociedad mientras no exista en embrión dentro de la ya existente. El socialismo de mañana ha de germinar en la tierra social de hoy. Y esa germinación se hace imposible si revolvemos la tierra de continuo. La oposición entre clases, llevada a extremos de guerra, frustra toda posibilidad de progreso y redención. En la vida hay lucha, pero no debe haber guerra; ésta complica las cuestiones y sólo reporta muerte. No hay que cejar ante el enemigo de la justicia, pero tampoco hay que incitarle, con nuestra propia actitud, a defender su propia vida al par que sus privilegios, porque entonces bien podrá resultarnos invencible.

Otra cosa: no hay que amagar con las armas, pero tampoco con las palabras, como hacía el enano de la venta. Hablemos menos de revolución y hagamos algo más de ella. No les pongamos grandes nombres a las cosas, para que nadie se espante de ellas. Si decís en mi pueblo que hay que hacer un camino de manera comunista, contaréis con poca gente para hacerlo como se han venido haciendo los demás: con los pies, andando, o bien por hacendería. No presentemos grandes problemas teóricos, cuyos términos, de nombres un poco extraños, embrollan cualquier magín; demos pequeñas soluciones prácticas. Menos hablar de revolución, y más hacer tal o cual cosa entre todos, sin pedir permiso a nadie ni esperar que lleguen los dirigentes o el día del jaleo. Los jaleos nada crean, excepto odios y ruinas. Se trata de trabajar, de ir echando los cimientos del mañana, de ir alzando el edificio a cal y canto, con sudores y sonrisas.

Otra cosa, y van tres: en mi opinión, no se puede llegar al comunismo libertario en nuestro país sin llenar antes, hasta hacerlo rebosar, el molde comunalista. Completando lo viejo iniciaremos lo nuevo. Y para completar lo viejo, preciso es recabar—no en nombre de la revolución, sino de la justicia; no en nombre de la República o de la Anarquía, sino del Pueblo y de su vida—la autonomía regional y concejil, que ha de tener por indispensable base la verdadera desamortización de tierras dentro de los municipios. Los bienes comunales de que éstos fueron robados el pasado siglo, han de volver a ellos, y también una gran parte de los latifundios enclavados en su término. Esto, imprescindible en tres cuartas del país para que el pueblo vuelva a ponerse de pie, daría al traste con una calamidad: la de «la tierra sin hombres y los hombres sin tierra», madre de nuestra miseria. Eso acabaría con la existencia de jornaleros agrícolas, siempre pendientes de jornales de hambre; y cuando no haya jornaleros en los pueblos, cuando sean redimidos por los bienes de Concejo, se vendrá abajo por sí solo el andamiaje del caciquismo, de la usura, de la explotación y la incultura rural, que tiene a España más presa que sus Gobiernos.

**APUNTE DE PERSPECTIVAS.**—Ese paso hacia adelante cuenta, de antemano, con el aplauso y aun el anhelo de casi todos los españoles, sin excluir —por ejemplo—a los capitalistas catalanes y vascos, que, digan lo que quieran, necesitan por su propia conveniencia un país rico, económicamente redimido, para hallar en él un mercado próspero. Los vascos, que ahora se muestran peligrosamente separatistas, se desvivirán mañana por industrializar Castilla y tender vías ferroviarias por el país si éste, volviendo a las viejas autonomías y a los bienes comunales, da señales de vida y de esperanza. Lo mismo harán los catalanes, que aplicarán su iniciativa y su capital al desarrollo económico de las zonas pobres. Y esas obras harán pensar a los portugueses...

Finalmente, veamos el asunto en pequeño y en grande. Para verlo en pequeño, volvamos a mi pueblo. Proporcionadle un tablar de doscientas fanegas de sembradura, cultivado por la vieja hacendería concejil o bien por los actuales jornaleros sin tierra o arrendadores de la ajena. Que estos últimos, por ejemplo, se la arrienden al Concejo y la labren en régimen colectivo. Lo que tal tierra produzca, mientras no falten iniciativas—que algunos obreros de la ciudad, vueltos al campo, podrían ir aportando—, no sólo permitiría dar cogotazo a la miseria más visible, sino también ampliar, multiplicar, los servicios comunales: de desfonde de tierras bravas, de siega y trilla, de aserrería y de fragua, de electrificación, de enseñanza, etc. Dadles medios a los pueblos, dadles herramientas de construcción, y en pocos años harán una España rica, hermosa, esperanzada y audaz. Pero siempre, siempre, hay que empezar por abajo y en pequeño. Célula à célula se renueva y crece el cuerpo.

Veamos la cosa en grande. Durante la Edad Media, los gremios de menestrales, dentro de cada ciudad, eran responsables de su labor al Ayuntamiento. Poned ahora, en lugar de la ciudad, la nación entera, y en vez de los gremios, los Sindicatos

unidos, las Federaciones de Industria. ¿Qué pondremos en lugar del Ayuntamiento? No el Estado hecho y derecho, sino algo semejante a las viejas Cortes: una Asamblea nacional de representantes de Concejos o comarcas—de regiones autónomas, si queréis—, cuyos miembros no sean diputados permanentes, empecinados en legislar sobre todo lo habido y por haber, sino delegados circunstanciales, con una misión de quince días o un mes, que examinen y aprueben los presupuestos o planes de trabajo—basados en necesidades públicas y medios de producción—y exijan cuentas de la labor del ejercicio precedente.

En definitiva: descentralización «política» mediante la concesión de autonomía a las regiones y, dentro de ellas, a todos los municipios, haciendo a éstos y a aquéllas bien capaces de valerse por sí mismos; e integración económica mediante las Federaciones de Industria, que no han de recabar la absorción plena e inmediata de todos nuestros recursos, sino que han de ir ganando los existentes y creando otros nuevos por su propia labor, mediante una creciente satisfacción de las necesidades nacionales, una incesante aportación de iniciativas saludables, una intensa y progresiva educación de toda España en el trabajo redentor. Pero para eso, para ir allá, menester es cambiar de vía. La de la revolución a la vieja usanza ha dado lugar a peligrosos descarrilamientos y nos está resultando una vía muerta.

**J. GARCIA PRADAS**

## CONFESIONES

# ARTISTAS "SIN TIEMPO" Y CREACIONES "SIN HISTORIA"

A exposición de unas cuantas obras de Picasso dió lugar últimamente a debates tempestuosos. Le faltó a la apreciación aquella unanimidad que el inquietante artista, objeto de las más ruidosas exaltaciones en nuestro tiempo, por lo que fuere, logra casi siempre en todas partes.

¿Es un bien? ¿Es un mal? Guardémonos de hipotecar a la ligera. Ni en apoyo de nuestras personales opiniones debemos hacerlo. Es un hecho. Un hecho en cuyo justiprecio se dividen también, como es natural, los modos de ver. Mientras unos lo celebran, otros lo deploran. Y en esos torneos no prevalece jamás—afortunadamente—el dictamen improvisado de las mayorías. Los ejercicios democráticos no caben en el dominio de las valorizaciones artísticas. Ni caben los decretos. El consenso general tiene un valor substantivo cuando resulta de un debate amplio, profundo y duradero.

La siempre fecunda iconoclastia comienza ahora a dar fe de vida. Y establece un hito muy importante, ya que acusa afanes irrefrenables de palpar la consistencia del suelo en que se apoyan los pedestales. No se necesita más para que—desmesurado o corriente—aquello que fué «tabú» deje de serlo.

¿Perderíamos de vista que nada aquilata tanto los grandes valores—y ello en todas las esferas del progreso humano—como las más atrevidas irreverencias?

## DESACUERDO ENTRE DOS "MODOS"

La intervención de los profanos en determinadas cuestiones, sobre todo cuando se atraviesan sin eufemismos ni términos medios en la corriente, tuvo siempre la virtud de malhumorar a los doctos. ¿Serán trasunto de ese malhumor los palmetazos que con relación al caso que nos ocupa le prodiga Marinello a la crítica? Es muy posible.

«Cuando el intruso reconoce su atrevimiento —dice—, apela por lo común a dos salidas: o subirse al mutismo de los entendimientos milagrosos o justificarse por vía del entusiasmo. Cabe también la alusión a capacidades intuitivas que le ahorran camino al entendimiento y a veces dan en lo justo.»

Desde luego, no siempre la mordacidad es compañera inseparable del razonamiento que convence. Y en este caso, menos que nunca. Porque queda, más claro y más recto que los señalados, otro camino. Y optamos por él sin titubeos. «Señores: nosotros comprendimos al Picasso de ayer. Nuestro espíritu le debe las emociones vivas en que se bañó tantas veces. Nada dice a nuestra sensibilidad ni a nuestra mente el Picasso de hoy. Tengan la bondad de indicarnos, si pueden, a qué se debe un cambio tan brusco y tan completo.»

¿Intrusismo? De ninguna manera. No se puede hablar de intrusos. Si la cuestión que está sobre el tapete entroncara con las matemáticas, por ejemplo, cabría hacerlo. El «sentimiento» no ayuda a explicar o comprender un teorema. Es cierto. Pero en arte no ofrece duda que el sentir ayuda a comprender, de igual modo que, recíprocamente, la comprensión ayuda a sentir.

Es negativo imponer silencio a los profanos. Es un designio reñido con la justicia. Y es olvidar que cuantos ocupan hoy altos sitiales en el templo de Minerva ocuparon otrora duras, incómodas banquetas de última fila. ¿Es que la circunstancia de habérseles concedido pabellón no les permitió avanzar, acelerándose de ese modo el ritmo de su marcha hacia nuevas conquistas? ¿Es que no hace falta en cada época que alguien tenga la audacia—esa audacia definida ahora como «signo de inconsciencia»—de exponerse a ser catalogado entre los bárbaros? ¿Existe algún docto que, antes de serlo, no haya corrido ese peligro?

## MAS ALLA DE LOS COTOS CERRADOS Y DE LA FE CIEGA

No se trata de discutir aspectos técnicos, ni en el color ni en la línea. Se trata de hacer constar que el simbolismo de las figuras de Picasso es impenetrable para el noventa y nueve por ciento de los hombres. Y estimamos, en nuestra profanidad —acaso por un excesivo apego a las normas hasta hoy inalteradas de interpretar y demarcar lo que se «sabe» y lo que se «cree»—, que nada es tan susceptible de extraviarnos como erigir monumentos a la abstracción. ¿Dónde y por qué medio encontrar el hilo de Ariadna? ¿Cómo saber si nos encaminamos a Atenas o a Beocia?

Nosotros no tenemos jurisdicción para afirmar categóricamente ni para negar de una manera rotunda. Pero la tenemos para poner de relieve—en nuestro afán de claridades—aquellas dudas que, según Guyau, constituyen la dignidad del pensamiento. Y hasta lo reputamos inexcusable. Porque mientras el aplauso se prodiga con estrépito, la desconfianza en el valor raigal de lo aplaudido, temiendo despiadadas excomuniones, se expresa quedamente. Y no basta para borrar aquellas dudas el «magister dixit». No bastan las sentencias inape-

lables. La fe sin base y el sometimiento incondicional corresponden a etapas pretéritas y representan la menos perdonable de las herejías.

Extiéndase en buena hora el certificado de nuestro primitivismo. Pero déjesenos el pequeño orgullo de pensar que en lo primitivo está la raíz de todos los prodigios a que es capaz de elevarse el hombre en nuestra época. Es la única compensación a que aspira la modestia rebelde de quienes niegan su aplauso a lo que no comprenden, y no quieren prosternarse, reverentes, porque otros se prosternen.

Déjesenos repetir, como un eco, aquello que es ya tan viejo: «Pega cuanto quieras, pero atiende.»

## FUNDAMENTO DE LA DUDA

Ignoramos si se puede hablar de un cubismo hiperbólico con relación a Picasso. No sabemos si cabe afirmar que nos encontramos ante un genio que tardará siglos todavía en ser comprendido. No falta quien lo asegure. Pero estimamos que asegurando tal cosa se le presta al arte de Picasso un flaco servicio. Y ello por dos razones igualmente poderosas: la primera, porque en esa misma anticipación de siglos—que es preciso destinar al catálogo de las hipótesis sin fundamento—radicaría la prueba terminante de que no está seguro de sí mismo, por fundarse tan sólo en lo intuitivo; la segunda, porque su arte, por lo mismo que ha de permanecer incomprendido durante tan largo período, dista mucho de cumplir la misión educativa y moralizadora que su propia naturaleza asigna a las manifestaciones artísticas.

¿Duro nuestro lenguaje? No. Lo duro—y lo agresivo—consiste en proponerse cortar el nudo—que no es lo mismo que deshacerlo—echándoles en cara a los profanos su insuficiencia. ¿Cómo explicarse que sepan tanto de aquello que casi todo el mundo ignora? ¿Cómo han logrado establecer que se trata de un salto de siglos, de una revelación sensacional y no de una formidable hipérbole, con sentido o sin él, determinada por los antojos de un impresionismo que igual puede ser maravilloso que enfermizo? No hay quien cuide de explicarlo más o menos satisfactoriamente. Y nosotros hemos de optar entre dos caminos: o creer bajo palabra, o exponernos a ser catalogados entre los bárbaros. Pero no importa. ¡Le gusta tanto al pensamiento volar sin trabas y substraerse a todo linaje de cuadrículas!...

Por lo demás, ¿quién nos garantiza que ese pretendido saber no oculta una incomprensión del mismo tipo que la nuestra?

## LO COMUN A TODAS LAS FORMAS DE LA CULTURA

Que suceda en arte lo mismo que en el desarrollo de una teoría cualquiera, y que los elementos plásticos que Picasso utiliza sean «consecuencia de algo», como se afirma, lo admitimos sin reservas. Lo reputamos indiscutible. Pero, volviendo al punto de partida, hemos de preguntarnos: ¿Consecuencia de qué? Porque aquello que más importa es el antecedente de su modo actual. Y se pierde en la esterilidad nuestro esfuerzo por dar con él. ¿Dónde está el punto de intersección entre los dos «momentos» picassianos? ¿Quién logra encontrarlo? ¿Concibe alguien que no deje la menor huella el tránsito de una a otra forma? ¿Qué vale una visión estimativa falta del único punto de apoyo capaz de infundirle medula?

Todos los progresos implican la negación del punto de partida. Y el arte no puede escapar a esa regla. Pero de ese punto queda siempre, más o menos viva, tomando cualquier forma, una sombra Si ésta desaparece también, el hombre navega desde entonces sin brújula. Le falta el «point de repaire». Y no puede hacer el cálculo de sus avances. Ni tiene medio de advertir si retrocede.

Convendría poner en claro qué es el arquetipo en estética. Convendría saber si existen reglas para el simbolismo. Y debiera examinarse con cautela si cada uno de los elementos de una composición artística sufre notables alteraciones al yuxtaponerse a otros—conservando, sin embargo, vestigios de lo que expresa aislado—, o se transforma por completo, alcanzando significaciones diametralmente opuestas a las que antes tenía. Es el medio más seguro de despejar la incógnita picassiana.

El valor de la obra de un artista se funda en el reconocimiento que de él hagan quienes han podido, siquiera en parte, sentirla y comprenderla. Si la vibración de donde arranca el resorte emotivo no llega a nadie—o llega tan sólo a muy contadas personas selectas—, no se puede atribuir seriamente carácter genial a la obra. Las consagraciones no pueden basarse en simples supuestos, ni han de ser sostenidas por la fe, por el afecto personal, por el capricho o por una no probada suficiencia.

## QUE SE NOS AYUDE A VER CLARO

Nada afirman nuestras palabras. Nada niegan. Reflejan nuestras dudas. Son la confesión paladina de nuestra incapacidad.

Los monstruos, los caballetes, las figuras truncadas que amontona Picasso en sus cuadros, nos desorientan en términos absolutos. Nos dejan la sensación de una caprichosa mesa revuelta. Le hablan a nuestra profanidad de lo mudo y de lo arbitrario. Nos sucede exactamente lo mismo que con las escobas, los auriculares, la ropa tendida al sol, los gatos junto a un libro y la guitarra colgando de un punto monumental de interrogación, que tanto prodigan Cocteau y Dalí, y que de igual modo pueden expresar un paisaje primaveral que una tempestad en el Atlántico. ¿No sería imperdonable petulancia fingir que lo entendemos? La contemplación más pertinaz resulta inútil. Ni luces, ni sacudidas. Y hemos de consolarnos pensando que a Edipo ante la esfinge le sucedía lo mismo que a nosotros ante el secreto impenetrable de las obras de Picasso, de su doctrina estética y de su técnica. ¿A qué impulsos obedece su actual momento? ¿Significará el propósito de volar en fragmentos todo lo que sea susceptible de ponerle topes a la concepción? Perfectamente. No hay audacia que ponga temblores en nuestro espíritu. Por ellas admiramos tanto a José Clemente Orozco como por su arte.

«No importan las equivocaciones ni las exageraciones—afirma con gallardía—. Lo que vale es el valor de pensar en alta voz, decir las cosas tal como se las siente en el momento de decirlas. Ser lo suficientemente temerario para proclamar lo que uno cree que es la verdad sin importarle las con-

secuencias, caiga quien cayere. Si uno fuera a esperar a tener la verdad absoluta en la mano, o sería un necio o se volvería mudo para siempre. El mundo se detendría en su marcha.»

Así. Un arte sin fronteras y que no se ahogue en el proceloso mar de los convencionalismos. Es el único modo de crear valores positivos, a condición de que en la forma plástica de cada atrevimiento deje el artista un resquicio por donde se llegue a interpretar la obra sin necesidad de rótulos aclaratorios: «Esto, que parece una vieja recogiendo leña, es un molino de viento. Esto, que parece el bosque de Chapultepec, es el Vesubio en erupción.»

Es preciso evitar que el caso de los esquimales que, tras haber contemplado largo rato la imagen de un caballo, le preguntaban a Elías Reclus «si aquello era Londres», se repita entre nosotros.

Tal admonición es válida para algunos artistas. No para los críticos «disconformes».

## EN LOS DOMINIOS DE LA HIPERBOLE

Lo ancestral se mezcla en las obras de Picasso con vislumbres de un futuro todavía muy lejano. Lo certifican todos sus admiradores. «Es tanta su fuerza y vuela tan alto—según Marinello—, que crea mientras busca, sin que la búsqueda le estorbe para seguir creando.» Además, su quilate-rey estriba en ser «un creador sin historia, sin asidero, huidizo del casillero y la interpretación». Artista sin tiempo. Pero surge en el acto una duda. Si está fuera del «tiempo», ¿cómo haremos para situarle en el «espacio» de una constelación plástica? ¿Con arreglo a qué dimensiones? No es cosa de detenerse ante pequeños obstáculos. Seguiremos aplaudiéndole y admirándole, por mucho que nos escape la posibilidad de interpretarle. ¿Es esto prestarle servicios al arte?

Vertebradas sus obras por el riego de la sangre —lo español—, por los substratos de la cultura—lo universal—y por un sentido cosmogónico que va mucho más allá de cuanto podamos concebir en nuestros días, o expresa el momento que pasa, o los tiempos por venir, o—de consuno—ambos estadios a la vez. Y entonces se puede hablar de un Picasso «sin tiempo». Para ello sería indispensable que su impresionismo—fuera del espacio que podemos medir—reflejara la gama de un futuro que no podemos sospechar, puesto que la sospecha implica un conocimiento por lo menos intuitivo y no debe ser colocado, bajo ningún pretexto, al margen del tiempo y del espacio.

Por otra parte, si en sus composiciones sobre el pasado—presente eterno fuera del espacio y del tiempo—utiliza aquellos elementos de siglos venideros que nadie más que él presiente e interpreta en nuestra época, o rompiendo en términos categóricos con aquellas normas sin las cuales no consiguen orientarse ni los doctos ni los profanos, cambia la expresión del lenguaje artístico—que todos interpretamos en mayor o menor grado—para traducir aquello que nadie está en condiciones de comprender, será entonces de extraordinaria complejidad el justiprecio de su obra, puesto que a ese justiprecio se llega mediante comparaciones sucesivas y que Picasso no podría ser comparado más que consigo mismo. Por otra parte, ello sería como pintar hoy el retrato de alguien que vivió en el siglo XIV, sin más antecedentes que los descubiertos en su árbol genealógico, o el de quien tardará todavía un milenio en nacer. ¿Creeríamos al artista al garantizarnos el parecido en ambos casos?

* * *

Se ha dicho que el estilo es el hombre. ¿Cómo definir a Picasso por su estilo? ¿Cuál es? El estilo refleja el pensar y el sentir de la personalidad. Y la personalidad no llega a experimentar jamás —aun variando a veces mucho en sus aspectos «parciales»—mutaciones que en su conjunto la tornen incognoscible. Berdiaeff ha dicho: «La persona supone el cambio, la innovación creadora, pero en el cambio no puede traicionarse a sí misma, porque la esencia de lo personal consiste en unir el cambio y la innovación con la fidelidad a la propia naturaleza (la personalidad) y la conservación de la identidad.»

¿Qué vínculos existen entre las características fundamentales de la personalidad de Picasso hace veinte años, observada a través de su estilo, y la de hoy? ¿Dónde está la línea que permita el libre acceso de su «pasado» a su «presente»?

«Ecco il problema». Y mientras no sea despejada de una manera clara, terminante, sin pliegues para la duda, esa incógnita que lo envuelve, no será fácil concebir que nadie esté en condiciones de atribuirle potencias geniales al más exaltado y menos comprendido artista de nuestra época.

Nosotros, en pugna con la fe ciega, lo reputamos imposible.

**Eusebio C. CARBO**

## APUNTES

# ZARAGOZA A LA VISTA

PASAMOS revista mentalmente a las estaciones de tránsito. Para el caso, la más importante es Lérida. ¡Cuántos recuerdos! Imperecederos los acumulados en Lérida desde agosto del 36 a mayo del 37. Orto y ocaso condensados en una fórmula mágica: ¡Lérida! Diez meses equivalentes a toda una vida.

No podemos transitar por Lérida indiferentes. Y menos camino del frente. Se atropellan en nuestra mente, en nuestro recuerdo, aquellos imborrables días de agosto, todo idealismo, audacia, abnegación, fe, esperanza, promesa, vida.

Los actos de los hombres, las gestas de los pueblos se sincronizan, a veces sorprendentemente, con el ritmo de las estaciones. Julio y agosto simbolizan el fuego, la revolución. En otoño, a la caída de las hojas, mustias las flores, despoblados de verde los campos de la rica huerta, empiezan a desplomarse las ilusiones. El mundo callejero tiene otro semblante en noviembre: bulos, intrigas, defecciones, dudas, recelos, desaliento. Entrados en diciembre, con el frío y la niebla, Lérida no es más que una sombra de sí misma: un espectro de su reciente cuan glorioso pasado. Manadas de matones, gavillas de perdonavidas obligan a los transeúntes a marcar el paso. Hacia el cuartel, hacia la cárcel. Se empieza a vivir de prestado bajo el signo de la hoz y el martillo.

Saturno empieza a devorar a sus hijos. Y con las lluvias, las savias, los aromas y los ardores de mayo, el póstumo, breve y brioso gesto, convertido en estertor agónico por la voz histérica y bronca de «¡Alto el fuego!».

Después, un corto verano de compromiso seguido de cerca de un colapso lento y progresivo...

La elección no es dudosa. A una retaguardia políticamente corrompida, quemadas las naves del romanticismo, volados los puentes del estímulo, la aventura, el frente de guerra, constituyen el solo narcótico capaz de aplacar, por embrutecimiento, por masoquismo, por puro placer de desprecio a la vida, el intenso dolor de tantas heridas morales abiertas. A la vista del enemigo franco, sincero, descubierto, escuchando sus imprecaciones de trinchera a trinchera, sintiendo muy cerca sus mensajes de plomo, es fácil volver a la idea de que luchamos contra alguien y por algo definido.

* * *

Hoy, esta noche, o a filo de madrugada, vamos, por fin, a cubrir la línea. Relevamos al «2.º» en sus posiciones de Balsasalada. El breve acantonamiento en Monegrillo-Farlete ha sido todo un ejercicio de adaptación.

En poco más de un año, la unidad más veterana de esta guerra ha sufrido una completa metamorfosis. Aquellos voluntarios de Durruti se han convertido en la flamante 26 División. Diez mil militantes confederales encuadrados en tres aguerridas brigadas: la 119, la 120 y la 121. Nuestro frente, muy nuestro y no menos bien merecido, es el triángulo Osera-Sueltalta-Monteoscuro. Desde el Ebro hasta los últimos confines de la sierra de Alcubierre. Le cabe a la 119 el honor de figurar en el vértice de este triángulo o punta de flecha que apunta hacia Zaragoza. Nueve kilómetros nos separan de los arrabales de nuestra suspirada presa. En las noches quietas, el ruido del tráfico capitaleño llega hasta nuestras trincheras. En días claros, las típicas torres del Pilar parecen, impacientes, salirnos al encuentro.

He ahí el objetivo. Lo señaló Durruti el día 23 de julio del pasado año, al rojo todavía los fusiles que abatieron a la militarada:

«¡A por la cabeza de Cabanellas!»

Días gloriosos los de aquellas bizarras centurias. Medio Aragón y todo el poniente de Cataluña abriendo el paso a la gran caravana revolucionaria.

Contra todas las adversidades transitorias, contra el designio venial y caprichoso de los dioses y de los hados, en medio de estas desoladas llanuras monegrinas, sobre esta tierra áspera e ingrata y por mano de sus hijos, tan dulces, generosos y hospitalarios, la posteridad levantará un monumento a un hombre, símbolo de un ideal gigante.

* * *

El relevo se ha producido con precisión metódica. Las fuerzas reemplazantes iniciamos la maniobra desde la hora del crepúsculo. De buena mañana, apenas necesaria la complicidad de la niebla, todo está de nuevo en orden. Se acabaron las libertades de movimiento. Terminánronse las expansiones gastronómicas en las casas de vecindad, las chácharas con las mozas, el baile, las batidas de caza y los partidos de fútbol. Concluveron las escapatorias furtivas a Bujaraloz y a Fraga. Y el arriesgado turismo de onda larga tan pródigo en penitencias de pico y pala.

Nuestro mundo se ha reducido enormemente. Nos hallamos adheridos como moluscos a las costuras de un complicado sistema de lomas y quebradas. Rivalizamos, ellos y nosotros, en la posesión avarienta del terreno conquistado hace un puñado de meses. Pensar siquiera en una mera rectificación de ese frente arbitrario, con miras a una mejor protección, a un mayor campo de tiro, sería una herejía. A cada lado del frente, cada palmo de terreno es un fortín batido por los fuegos enemigos.

Las salientes y envolventes descartan por completo el concepto de línea regular y continua. Tal posición avanzada es fácilmente hostigable por otra posición contraria situada a su flanco o a retaguardia. O enfilada por otra de mayor altura. Hay trincheras apenas separadas por angosta quebrada, al alcance de los proyectiles de mano. Es rigurosamente obligatorio taponar las troneras con trozos de saco. En tanto que la guarnición propiamente dicha, la de línea, la de servicios, las planas mayores, se hallan igualmente condenadas a régimen perpetuo de trinchera y cueva, a resguardo de la permanente ventisca de metralla.

* * *

Ellos y nosotros, los «fachas» y los «rojos», somos sólo dueños de la tierra que pisamos. Ahora comprendo las palabras del sargento del «2.º», dichas en su visita relámpago a nuestro campamento de Monegrillo:

—Allá arriba hemos hecho un pacto sin firmas ni papel sellado. Tenemos convenido no «zumbarnos» sino a determinadas horas. Cambiamos papel de fumar por tabaco picado, y la «Soli» por el «Heraldo de Aragón». Cazamos conejos juntos, a garrotazos, entre trinchera y trinchera. Y distribuímos las piezas cobradas equitativamente. Los jefazos llaman a eso «confraternizar» y otra serie de palabrejas raras. Y hablan de indisciplina y de relajamiento. Sin embargo, ¿no pactan también ellos con el enemigo, concluyendo treguas para hacernos enterrar a los muertos? Ya sé lo que vas a decir. Resérvate la respuesta para dentro de un par de semanas, cuando empieces a pedir a gritos el relevo. No hay vida más perra que la de rata de trinchera en un frente estancado. Preferibles son mil veces los fregados a campo abierto a esta existencia de topo y al cochino deporte de tiro al pichón, siempre al acecho de una cabeza descuidada, y no menos alerta a que te devuelvan la china entre ceja y ceja. Al final acabas en la neurastenia. Los pactos surgen por generación espontánea, como los piojos y la sarna. Empiezan entre «escuchas» y guardas de parapeto. Y por deseo imperativo de respirar a nuestras anchas, de incorporarnos, de estirar las piernas entumecidas, de hacer ejercicio, de correr y de brincar. Y si sienta mal a los galoneados, venga la chatarra necesaria para hacer la guerra en serio y acábese ese jugar al escondite. Verán lo que tardamos en plantarnos en Zaragoza. Y menos cuento, compañero...

* * *

Por lo visto, más que relevar al «2.º», por simple razón de turno, estamos en plan de reparadores del «relajamiento». Iniciada apenas la primera jornada nos sorprende la amable acogida que nos dispensa el enemigo:

—¡Bien venidos, rojillos! ¿Cómo ha ido ese relevo? No tendréis queja de nuestros buenos modales. ¡Bien venidos! ¡Bien venidos! Fiamos en vuestra buena vecindad. Lo cortés no quita lo valiente. Vamos a haceros los honores de la casa. Dentro de unos instantes empezaremos a «sacudir las mantas». Saludo de cortesía que tendréis presente todas las mañanas y a la caída de la tarde. Cuestión de veinte minutos de obligado retiro a vuestras cuevas mientras nosotros, creyentes, rezamos y oímos misa. Esperamos no os enoje nuestro protocolo. Acto seguido, tened presta la mercancía y preparados los arreos de caza. Oído a la pisada...

Callado el «speaker» empiezan a llovernos las primeras andanadas. Conocemos las hazañas de la famosa «Loca», mote de guerra aplicado por los veteranos a la artillería rápida alemana. Pasaron los tiempos del no menos famoso «Abuelo», viejo cañón de Fuentes, de la quinta de Agustina, del que es común el decir que daba tiempo, entre estampido e impacto, a cavar la cueva, fumarse un cigarrillo y meterse sin prisas al abrigo.

La «Loca» no admite tales guasas. La granizada de metralla llega cogida del mismo rabo del trueno. Los dedicados a pronosticar el emplazamiento de las piezas, el calibre y trayectoria de la bala, el lugar preciso de la explosión, fueron desahuciados por los manteos de la «Loca». No hay ahora lince capaz de prevenirnos contra la sorpresa de los primeros tutes.

* * *

Nuestro comandante es un tío con toda la barba. Y «Borrascas», el más bruto de todos los maños que trastean ametralladora. No han tenido frío hoy los «fachas». Tras el manteo de la «Loca», los bordes de las trincheras enemigas festoneadas de tíos, en plan de invite y algazara.

—¡No tirád, rojillos! ¡Vamos a echar un pitillo! ¡Respetemos el pacto!

—¡Qué pacto ni qué niño muerto! ¡Ya hablaremos de eso en Burgos!

Cacho, Lacruz, Navarro, «Borrascas», la flor y nata de nuestros tiradores automáticos, han hecho un verdadero estropicio.

—¡Salvajes! ¡Desalmados! ¡Canalla! ¡Ateneros a las consecuencias!

Hasta llegada la noche no termina la zarabanda. Ración extraordinaria de «Loca» y mortero, jornada tras jornada. El honor antifascista está a salvo; pero a trueque de reclusión perpetua, de andar a gatas, de cansancio y aburrimiento, de neurastenia, de existencia de topo, de perra vida de rata de trinchera.

**J. PEIRATS**

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

# EL EXTREMISMO LITERARIO

LA novela de hoy, como testimonio consciente o no de nuestro tiempo, es un formidable documento psicológico. Proyectada sobre el gran público con medios técnicos de difusión de los que carecieron los novelistas anteriores, la novela actual manifiesta su influencia en la escala mundial ante amplísimas multitudes de lectores; pero en su grandeza potencial está su tragedia moral. El éxito ha corrompido los principios de responsabilidad del escritor, en la mayoría de los casos, y ha puesto a éste a merced de las pasiones de su público. En estas condiciones, la novela tenía que caer, inevitablemente, en los extremos que caracterizan a nuestra época, perdiendo sus objetivos modeladores en beneficio de los desatados impulsos irracionales del público-patrón. En la medida que el novelista condiciona su obra a las exigencias de la demanda ambiente, la despoja de toda intención social saludable y de los esenciales pruritos artísticos. El novelista se convierte en instrumento de sus propios engendros literarios, y su objetivo final inalterable será el éxito con sus consecuencias publicitarias y financieras. En este caso, la obra literaria será una deposición contra la clase de sociedad que la propicia y la estimula y su testimonio válido como confesión de parte. Pero carecerá de objetividad consciente, y será ella misma una parte más del testimonio. «Por sus obras los conoceréis», podría decirse de esta literatura y de la sociedad que la auspicia.

Caracterizándose las tendencias de la época que nos toca vivir por sus precipitaciones en los abismos de la violencia, la novela de éxito no podía substraerse a sus influencias, y en mayor o menor grado se ha plegado a ellas. Del proceso de frustración de nuestra civilización técnica se han desprendido causas diversas, reveladoras todas ellas de la ruptura de equilibrio social y armonía humana. Con la irrupción de la burguesía en el plano social y su sentido de la vida fundamentado en el éxito personal, en la competencia industrial y la lucha comercial, todas las manifestaciones universales debían saturarse de esa inmoralidad egotista. La misma ciencia del pasado siglo exageró las tesis darwinianas sobre los procesos de selección natural para justificar el predominio de clases y la concepción de una sociedad establecida sobre la competencia, con todas las desigualdades inherentes a semejante ordenamiento. El resultado de esas formas de vida no podía ser otro que la exasperación de la desigualdad social y su evidente injusticia, el crecimiento del complejo de culpabilidad en las clases dominantes, el inevitable reforzamiento de los recursos represivos y la aparición de una técnica de la mixtificación moral que desviara todos los descontentos hacia zonas menos peligrosas para los privilegios adquiridos. La literatura primero, el cine y la radio después, han sido los grandes vehículos de esa mixtificación.

En otro orden de cosas menos aparente, las formas sociales que han ido desde la irrupción de la burguesía, por proceso de crecimiento, hasta el capitalismo y el super-Estado, con sus contradicciones económicas unas veces y sus apetitos de poder siempre, han fomentado otros géneros de violencia y mixtificación que han terminado en las terribles guerras coloniales o en las no menos horrorosas guerras por el poder. En ese proceso, que ha requerido, mucho más que antiguamente, la intervención de una poderosa máquina de propaganda, los escritores han jugado un gran papel como instigadores. La interferencia de la política en la literatura siempre ha sido nefasta para la última, pues es evidente que nunca pasó de ser un recurso de la primera. En ese sentido, los escritores que consciente o inconscientemente se plegaron a no importa qué política de poder—todas lo son—incurrieron en el delito de irresponsabilidad social. Aquí podrá oponerse esa idea tan vulgarizada hoy en día del «escritor comprometido», pero en el fondo esa idea no es más que una nueva mixtificación. El escritor sólo puede comprometerse ante su conciencia y ser, como decía Camus, el «testigo de la libertad». La libertad es el valor humano fundamental, y el escritor, como hombre, debe considerarlo antes que nada, por encima de las apariencias de partido o de bandería. Si el escritor es incapaz de considerar al hombre como valor integral, dispersado únicamente por las supercherías políticas y los simbolismos teológicos, raciales o nacionalistas, su creación será una contribución más al desequilibrio humano. Mientras el escritor no se enfrente con sus responsabilidades esenciales de cara al hombre y como hombre, antes que como escritor, es decir, sintiéndose previamente solidario del destino humano, incurrirá en la misma falsedad que se viene repitiendo desde Platón hasta nuestros días: la justificación de un orden social fuera de la justicia y de la libertad y, por lo tanto, inicuo.

Si enfrentamos preferentemente aquí el problema de la novela es por su amplia repercusión mundial, y porque refiriéndose casi siempre a las zonas emocionales del individuo, es más capaz de desencadenar instintos y pasiones. Sobre todo, desde que la radio y el cine se apoyan insistentemente sobre la creación literaria para sus argumentos, ofreciendo a la literatura nuevos campos de difusión por la voz y por la imagen. La ampliación de medios no hace más que acrecentar la responsabilidad moral del escritor frente al público, aunque por amarga contradicción el tipo del escritor responsable sea cada día menos reconocible ante la creciente mercantilización literaria. El dilema para el escritor que sea capaz de plantearse ciertos problemas de conciencia sería: Educar o satisfacer al público. Satisfacer al público equivale a plegarse incondicionalmente a los apetitos estimulados por el tipo de sociedad que hemos descrito, y que es la nuestra. Educar al público sería renunciar a una serie de beneficios materiales, ante la posible inhi-

bición de los perezosos y rezagados mentales, además de la repulsión hacia toda obra consciente de los irremediablemente intoxicados, y aceptar únicamente las ventajas de tipo moral que semejante desprendimiento puede proporcionar a toda conciencia responsable. Limitación de público y limitación de medios corren paralelamente. De ahí que ese dilema sólo pueda ser enfrentado apelando a la calidad de hombre del escritor, no al oficio simplemente.

El oficio ha hecho incurrir a la literatura de nuestro tiempo en el extremismo de la violencia literaria. Descontando la baja literatura de kiosco, que representa hoy en día una verdadera infección social y un peligro inminente para el equilibrio mental de nuestros contemporáneos, la literatura de la violencia y de la locura dominan fuertemente el mercado, acelerando con su influencia el desenfreno de nuestra sociedad. El proceso es el siguiente: el novelista recoge la temática latente en el ambiente, la moldea y exagera, devolviéndola con el consiguiente impacto, que no hace más que acelerar el movimiento ya existente. Violencia más violencia igual a violencia. Y así hasta el infinito. Los novelistas no ignoran la capacidad de mimetismo contenida en el tipo medio de individuo, pues de ese conocimiento se valen para modelar sus personajes intuyendo de antemano el efecto que van a causar sobre los lectores; por eso en la medida que los protagonistas responden a un tipo de hombre determinado, ese tipo de hombre poseerá innumerables posibilidades de encontrar millares de imitadores. En otro sentido, pero relacionándose estrechamente, la moda produce iguales efectos en base a esa constante capacidad de mimetismo del tipo medio de individuo, que es la mayoría que produce la sociedad. Es indudable que si el escritor recurre a la pintura de sentimientos mediocres, pasiones infames, instintos ruines o hazañas absurdas, las posibilidades de incrementación de la mediocridad, la infamia, la ruindad y la estupidez se multiplicarán infinitamente. Es lo que se hace. Cuando Hemingway intenta caracterizar la lucha civil española se vale de fórmulas abstractas para definir el contenido esencial de la lucha, es decir, sus objetivos sociales; en cambio, introduce toda la técnica de la salacidad y la morbidez de la sangre y el sexo para representarla. Quiere decirse que el escritor de éxito está menos preparado—por falta de interés más que de inteligencia—para captar lo esencialmente humano, y transmitirlo multiplicado a través del lente de aumento de la literatura, que todos aquellos elementos que pueden producir el disparo nervioso y la emoción violenta. En este sentido el escritor traiciona al hombre, y más aún cuando, generalmente, ese escritor extremista condena otros extremismos políticos que no están de acuerdo con los intereses a los que se ha sometido. Esto suele ocurrir, y el caso más típico hoy es Malraux, que pasó del extremismo literario al extremismo político, y de un extremismo político—el comunismo—a otro extremismo político—el gaullismo.

Como el extremismo político, del que está poderosamente influido, el extremismo literario es una manifestación de la desintegración de un orden social absolutista, sostenido sobre el tinglado del egotismo capitalista, evolucionado hasta la exacerbación, y de la voluntad de poder cristalizada en las formas actuales del super-Estado. Las probabilidades de equilibrio las podemos encontrar únicamente en las tendencias sociales que se oponen fundamentalmente a la voluntad de poder y a una Economía basada en la lucha de todos contra todos. Es innegable que estas tendencias siguen latentes en amplios grupos sociales minoritarios, pero cada día mejor aleccionados y más convencidos de sus razones de supervivencia por el ejemplo de los antagonismos de nuestra civilización. Se trata, para todos, y para los escritores responsables principalmente, de dar a conocer todas esas experiencias y aunar las voluntades dispersas en una suprema integración de la cooperación, la justicia y la libertad frente a las instituciones e individuos que se oponen a la inauguración de un verdadero orden humano.

**B. MILLA**

# LOS LIBERTARIOS DE RUMANIA

QUIENES leen la Prensa libertaria, anarquista o pacifista, encuentran frecuentemente artículos firmados por camaradas búlgaros y—después de la segunda guerra mundial—numerosos documentos, llamamientos e informes concernientes a la feroz represión dirigida por el nuevo régimen totalitario contra los diversos movimientos libertarios de Bulgaria. En este país, todas las concepciones antiautoritarias, desde el anarquismo hasta el tolstoísmo, desde el pacifismo integral hasta la ética vegetariana, han encontrado miles de combatientes fieles, y hoy, pese a su martirio, afrontan la tiranía de un Estado proclamado en nombre de la «dictadura proletaria y campesina». Sus gritos de revuelta, sus rechazos en aceptar el yugo de un partido militarizado, su acción subterránea perseverante, han ganado la simpatía de las conciencias libres de otros países, la solidaridad activa de sus camaradas de Europa y América. Ya se habla de Bulgaria como de una segunda España.

Pero no se puede decir lo mismo de Rumania, separada de Bulgaria por las aguas del «azul Danubio». La situación política y social es la misma, como en los otros «países satélites», denominados «Repúblicas populares». El mismo régimen maltrata, las mismas «revoluciones» dirigidas, la misma opresión policíaca. Si hay una oposición en Rumania, es más bien la de los «reaccionarios». Debemos decir francamente que no hay en Rumania una resistencia activa de los libertarios, como en Bulgaria, pues sus agrupaciones no fueron jamás desarrolladas en el mismo grado en aquel país, considerado primero como latino, y que está ahora sumergido por las olas del eslavismo «liberador». Esos movimientos estaban en Rumania más bien en un estado embrionario. Individualmente, se podía contar con libertarios de todos los matices, casi todos lectores asiduos de revistas y de libros que procedían sobre todo de Francia. Muchos de ellos, libertarios en su juventud, se volvieron «prudentes» o «prácticos» hacia su edad madura, militando entonces en los cuadros de un partido de derecha o izquierda, pero que les aseguraba, si no una situación en la «sociedad», por lo menos su pitanza.

No quiero exagerar nada. En este artículo no expongo las condiciones de la vida social y política de Rumania, sino que doy solamente algunas indicaciones sobre los hombres que han sido considerados como libertarios o anarquistas en ese país. «L'Adunata dei Refrattari» ha reproducido en su número del 29 de enero de 1949 las declaraciones que un joven anarquista rumano ha hecho a «Umanitá Nova». Esta «voz de Rumania» es la única que yo he escuchado, después de largos años. Este joven se escapó de la tiranía bolchevique y conoce ahora un poco de libertad en un... campo de concentración de Italia. Nos dice algo sobre la situación en Rumania, pero demasiado poco sobre los libertarios de ese país. Voy a completar su informe de memoria, pues yo también he abandonado allá mi biblioteca y mi archivo.

Es verdad que las ideas anarquistas han circulado en Rumania, incluso durante la segunda mitad del siglo XIX, gracias a los refugiados rusos y búlgaros, quienes encontraron allí asilo o partieron en seguida hacia el Occidente. Adeptos de Bakunin han pasado la frontera rumana, igual que otros revolucionarios rusos perseguidos por el zarismo. Uno de estos últimos se convirtió en el principal teórico del socialismo rumano, bajo el nombre de C. Dobrogeanu-Gherea. Pero los adeptos de Bakunin o de Kropotkin no han dejado trazos profundos. Son más bien los refugiados búlgaros—entre los cuales se cuenta el gran poeta revolucionario Christo Bottev (1847-76)—quienes continuaron en Bucarest, Braila y otras ciudades danubianas su acción por la liberación de Bulgaria de la esclavitud turca. Se reconoce la hospitalidad que estos proscriptos han encontrado en Rumania. Su influencia en ese país fué la del ejemplo: indirecta, individual, como también la de los italianos conmovidos por las ideas de Malatesta y que iban a trabajar de albañiles o marmolistas. Es entre los intelectuales donde es preciso buscar—como ya lo he dicho—lectores más comprensivos de los escritos anarquistas, sobre todo entre los estudiantes.

Pero para indicar por lo menos una acción, aunque sea esporádica, en el sentido que a nosotros nos interesa aquí, es preciso buscar más lejos, entre los jóvenes revolucionarios rumanos de 1848, quienes después de su retorno de París han tratado de transformar algo. Uno sólo entre ellos, Diamant, ha logrado aplicar las ideas de Fourier, realizando sobre la propiedad de un «boyardo» una comuna agrícola conocida por el nombre de «Falansterio de Scaieni». Fué un éxito, pero de breve duración. El ejemplo era demasiado contagioso, y la «comuna libre» fué destruída por los latifundistas alertas.

En Bucovina, provincia rumana anexada hasta 1919 a la monarquía austro-húngara y que ha recibido la influencia de la cultura alemana, las obras de Mühsam, de Landauer, de Pierre Ramus, de Rudolf Rocker, de Max Nettlau han ejercido más influencia entre los anarquistas. Los jóvenes, sobre todo, han emigrado y algunos se fueron a España durante la guerra civil de 1936-39. Pero también «legionarios» (fascistas) combatieron allí como mercenarios de Franco.

De Transilvania podemos recordar el nombre de Víctor Arady, un publicista húngaro de tendencias libertarias, que ha estudiado las rebeliones de los campesinos rumanos bajo la dominación de los Habsburgos. Pero, atraído por el espejismo comunista, desapareció en alguna parte de la Unión Soviética.

Generalmente, los verdaderos libertarios de Rumania debían buscar en otra parte un medio más favorable. Emigraron hacia el Occidente, sobre todo

hacia América del Norte. Marcus Graham, redactor del periódico «Man», de San Francisco, es originario de Rumania. En su antología «Poetas revolucionarios» ha publicado la poesía de George Cosbuc «Queremos la tierra», el grito de los campesinos rumanos que reclamaban la división de los grandes dominios de los «boyardos». Y Joseph Ishill también. Era un obrero tipógrafo de Botosani, de donde marchó hace cuarenta años para realizar en Nueva Jersey esa magnífica colección de obras libertarias, esos libros perfectos desde el punto de vista gráfico y artístico, que ha traducido, anotado e impreso, y que son apreciados no solamente en todos los medios anarquistas, sino también por los más exigentes bibliófilos. (Yo he dedicado a su «Oriole Press» un artículo en uno de mis libros de «Ensayos», 1936.)

Asimismo Panait Musoiu, la más prominente figura anarquista de Rumania, ha hecho su aprendizaje en el extranjero. Vivió algún tiempo en Bruselas hacia el fin del siglo pasado, y de regreso a Bucarest dirigió, con el doctor P. Zosin, «Miscarea Sociala», una de las primeras revistas rumanas (después de «Contimporanul», de Ion Nadejde) consagradas a las nuevas cuestiones sociales. El doctor Zosin, establecido en Yassy, se convirtió en el promotor del «positivismo» de Augusto Comte, y Musoiu continuó, puede decirse solo, la obra de difusión de las ideas libertarias mediante la «Revista Ideei», cuya colección de 1900 a 1916 constituye una verdadera enciclopedia. De espíritu más bien ecléctico, Musiou fué al comienzo socialista, relacionado con los sobrevivientes de la Primera Internacional. Reunió en dos folletos, «Orientaciones» y «Otros Horizontes», sus artículos de crítica social. A continuación se dirigió hacia las fuentes diversas del anarquismo, traduciendo a los autores más característicos, desde Bakunin y Kropotkin hasta Malatesta y Sebastián Faure, sin descuidar las obras de Historia, de Sociología, de Literatura que pueden ayudar a la difusión de las ideas y del espíritu libertarios. Publicó una centena de obras en ediciones populares, que repartía con perseverancia en todos los medios. Antes que la sistemática propaganda socialista y comunista en Rumania, ha contribuído con sus traducciones a esta elemental cultura sociológica que las jóvenes generaciones encontraban en la colección de «Biblioteca de la Revista Ideei». Muy pocos de esos jóvenes han permanecido fieles a Panait Musoiu. Eran captados en seguida por los partidos políticos. Pero el tenaz traductor continuaba difundiendo sus folletos, generosamente, adjuntando a los «clásicos» libertarios los clásicos de la Literatura y de la Filosofía universal. A veces editaba también textos curiosos, como las «Memorias de Judas Iscariote», resúmenes de Platón o de Leonardo de Vinci. Pero no olvidaba «Walden», de Thoreau; la «Moral fundada sobre las leyes de la Naturaleza», de M. Desumbert; el «Pequeño Manual Individualista», de Han Ryner; los estudios de Antioco Zucca, de Jean Maréchal, de Augusto Boyer, de Bertrand Russell, las páginas patéticas de Most, de Lafargue, de Reclus, de Cœurderoy, de Grave, de Paraf-Javal, y los libros de educación racionalista, de moral anarquista, de vulgarización científica, de filosofía humanista (Paul Gille), y también novelas y relatos que desarrollaban el espíritu crítico: «Qué hacer», de G. N. Tchernichewsky; «Los malos pastores», de Octavio Mirbeau; las Memorias de Silvio Pellico, etc. Haría falta citar todavía otros nombres y títulos para mostrar cómo Musiou ha sabido elegir entre todos los dominios literarios algo que podía ser útil a la acción de liberación intelectual y social, a la difusión de la cultura profundamente humana entre las capas denominadas populares.

Panait Musoiu no era un editor en el sentido comercial, sino un servidor desinteresado de la cultura, realizando todo el trabajo de traductor, comentador y propagandista. Vivía como un anarquista: pobre en una sociedad mercantil, pero rico de esperanzas y de abnegación, solidario con los camaradas de otros países. Yo he bosquejado su retrato en mis «Peregrinaciones europeas», cuando Max Nettlau—a quien visité en Viena en 1930—me preguntó por él. La pequeña pieza de Nettlau, toda abarrotada de papeles, me recordó la de Musoiu. Pero éste habitaba entonces en una casita casi hundida en un patio fangoso, en un arrabal de Bucarest. Los folletos formaban una doble muralla hasta el techo: ese era el depósito de la «Biblioteca Ideei»... En medio, una cama de hierro y una pequeña mesa. La puerta, siempre abierta. Si el camarada no estaba allí, un pedazo de lápiz colocado sobre una hoja blanca invitaba al visitante a escribir una palabra. Una centena de manuscritos esperaban su turno para la impresión. Musoiu sabía apretar bien, en sus folletos, esos caracteres menudos que dan un libro completo en sólo cuarenta y ocho páginas. Tenía vendedores benévolos y fieles abonados. Llevaba la vida de un ermitaño, pero libre. Recibía la camisa de franela de un amigo de Nueva York, el calzado de Italia, la chaqueta no sé de dónde... Comía durante dos días en la casa de un camarada, y desaparecía durante un mes o dos en el campo, en el viñedo de un amigo «enriquecido» o en la casa de reposo de los escritores, en Ardeal... Estaba siempre vigoroso, calmo, mesurado, los bolsillos llenos de manuscritos e impresos. Imprimía sin tregua traducciones, pues no teniendo ya su revista, no escribía estudios originales. Su generosidad era «libresca». Ofrecía folletos desde que se le decía «buenos días». Ahorraba dinero, pero para los impresores. Y encontraba linotipistas que trabajaban para él algunas horas por pura amistad...

Y cuando Nettlau me preguntó cuántos verdaderos anarquistas se encontraban en Rumania, debí confesar que «en nuestro país el anarquista es considerado como un espantajo. Para los burgueses y los chicos es un tipo salvaje, de rostro duro, los largos cabellos en desorden y llevando a menudo una chalina anudada como una cuerda de un ahorcado. Y en su bolsillo se puede encontrar siempre una bomba o, al menos, una daga».

Nettlau comprendió bien: salvo Musoiu, yo no podía nombrarle otro «verdadero anarquista». Pero Musoiu era el hombre más dulce y apacible. La «fuerza explosiva» se encontraba en los folletos que difundía, infatigable, indiferente a los cambios de los regímenes... Más tarde dejó su pieza de arrabal para llenar otras tres, en el centro de la ciudad. Ha escapado sano y salvo a los bombardeos de la guerra, a los trastornos de la dictadura, a la ocupación nazi y a la «revolución». Y después de la «liberación» de Rumania, siempre lúcido y activo, muere el 14 de noviembre de 1945, el mismo día de su 80.° aniversario. Naturalmente, el nuevo régimen, ya subordinado a los bolcheviques, ha hecho... el elogio de ese «precursor del socialismo»

en Rumania. La Prensa dirigida no sabía nada más del inmenso trabajo libertario que Musoiu ha cumplido durante medio siglo, sin partido, sin prebendas, sin la comodidad de la burocracia política y policíaca que reina en ese país, como en los otros donde se ha instalado el absolutismo estatista, que no es ni «revolucionario», ni «popular», ni siquiera «democrático».

En cuanto a otros libertarios de Rumania, si todavía existen, no pueden manifestarse abiertamente, como los camaradas de Bulgaria. La oposición es preferentemente subterránea. Y si se encuentra en la Prensa rumana un artículo firmado por un antiguo compañero de Musoiu, se sabe que ha hecho «mea culpa», o que trata de «conciliar la cabra con el repollo».

Neagu Negulescu publicó, antes de la guerra, algunas obras de literatura social. C. Brudariu, dos folletos sobre el progreso de los pueblos, la paz y cultura de la Humanidad. A. Galatzeanu contribuyó también con una pequeña colección de folletos: «Pagini Libere», con el mismo espíritu que «Revista Ideei». Después, con dos revistas esporádicas: «Cultura Omului» y «Pagini Libere», más bien eclécticas, y, pese a sus preferencias por los clásicos libertarios, se ha dejado arrastrar hacia los compromisos políticos «del momento».

Un joven autodidacta, Ion Ionesco-Capatzana, ha sido un celoso propagandista del esperanto, el vegetarianismo, el pacifismo y diversas tendencias libertarias, que ha expresado en su revista «Vegetarismul» (Bucarest, 1932-33) y en una serie de folletos. Dejó su país hacia 1935. En París dirigió el servicio de Prensa en esperanto durante la guerra civil española. En 1938 se estableció en Soutraine-par-Rantigny (Oise), en los límites de un bosque, en un pabellón de madera, arreglando allí una buena biblioteca y una pequeña imprenta. Cultivaba su huerta, imprimía él mismo folletos y la revista «Artistocratie» (1939-40) en cuatro lenguas: esperanto (Capatzana), francés (G. de Lacaze-Duthiers), español (B. Cano Ruiz) y rumano (E. Relgis). Quería realizar allí un centro de relaciones internacionales y las reuniones de los libertarios eran bastante animadas. Vino la guerra. Los nazis no han tenido tiempo de inquietarle, pues murió en abril de 1942, después de haber comido—él, vegetariano integral—hongos que hizo recoger en un bosque vecino. El médico estaba demasiado lejos para llegar a tiempo al «Bosque de la Soledad». Es esta una pérdida dolorosa para nosotros, pues Ion Capatzana estaba hirviente de energías y de iniciativas. El último folleto que ha traducido, comentado e impreso, contiene algunos testimonios de Panait Istrati, «el hombre que no se adhirió a nada».

Este gran vagabundo ha conocido tardíamente la gloria literaria, gracias a la primera comprensión de Romain Rolland, pero después de su gesto desesperado de suicida en Niza. Puede ser situado entre los libertarios, por su espíritu de independencia, por la búsqueda de la fraternidad humana, por su rechazo de aceptar las mentiras políticas y por su sed de justicia, que le hizo escribir, después de un largo viaje en la Unión Soviética, los tres libros: «Rusia al desnudo». Este narrador, del que se conocen por todas partes las emocionantes confesiones, nació cerca de Braïla, de padre griego y madre rumana, militó durante su juventud en los medios socialistas, atravesó en seguida los países del Levante y Europa entera, para descubrir por último, detrás del espejismo comunista, todo el horror de la tiranía estatista y de la burocracia asesina. No podía adherirse ya a nada, pero ha quedado, pese a sus contradicciones, como un defensor del Hombre y su libertad. Los muros del silencio lo han aislado, pero durante sus últimos años, en Bucarest, roído por la tuberculosis, ha gritado sus verdades a los calumniadores, vanamente ha pedido a Romain Rolland (convertido en ese tiempo en defensor de la U.R.S.S.) responder a sus penosas preguntas. Yo he bosquejado ese proceso de conciencia en mi prefacio a la versión española de «Mi Cruzada», compilación póstuma de los últimos artículos de Panait Istrati (traducidos por Tito-Livio Bancesco; Edit. Armonía, Buenos Aires, 1937.) Ya vendrá el tiempo de hacer justicia a la obra y al hombre, del cual no se puede pronunciar ya el nombre en Rumania. Pero aquí, en América del Sur, por todas partes donde he ido he visto todos sus libros, en castellano, en los escaparates de las librerías, y numerosos son los que—también entre los libertarios—me han pedido les explique «el caso Istrati».

Entre las declaraciones del joven rumano refugiado en Italia y publicadas en «Umanitá Nova» (mencionadas al comienzo de este artículo) se encuentra el siguiente pasaje:

«Nuestro compañero nos hablaba también de aquel movimiento «humanitarista» de mucha afinidad con el anarquismo, que tenía como orientador a Eugen Relgis, actualmente emigrado en el Uruguay y cerca de nuestros compañeros de allá. También el movimiento «humanitarista» ha sido dispersado por la dictadura de Anna Paucker, por el régimen de partido único, por el severo «control» bolchevique sobre la vida cultural del país.»

Estoy obligado, pues, a hablar un poco de mí mismo. Este no es el momento de exponer una actividad cultural y social que se ha manifestado en Rumania durante treinta y cinco años (1912-1947) y en diversos centros internacionales. He escrito en otras partes sobre las circunstancias de mi viaje a la América del Sur (y también en mi pequeño libro sobre el profesor George Nicolai: Edit. «Reconstruir», Buenos Aires, 1949). Simplemente, continúo mi trabajo en este rincón de libertad—relativa, evidentemente—, y este trabajo es doble, pues debo recuperar los años perdidos durante la guerra y la dictadura en Rumania.

Lo que debo explicar aquí es que el «humanitarismo», del cual he expuesto los principios en 1921, es una concepción positiva, de ningún modo dogmática, en continuo desenvolvimiento y que contiene todos los elementos favorables al individuo, a la personalidad humana, sin descuidar los ideales y los intereses permanentes de la Humanidad entera, del «organismo de la especie». El «Primer Grupo Humanitarista» que fundé en Bucarest en 1923 fué, ante todo, un centro de estudios. Pero la idea ha determinado la acción: veintitrés centros se formaron entre 1924-32 en Rumania y numerosas son las publicaciones que se han inspirado en este «humanitarismo». Nada de organización burocrática, sino libre emulación. ¡Venía quien quería, y... partía quien quería! Yo estuve secundado, durante esos años, por mi fiel secretario, Ion Mehedintzeanu (a quien una enfermedad incurable le hizo suicidarse en 1929).

En mis revistas «Umanitatea» (Yassy, 1920), «Cu-

getul Liber» («Pensamiento Libre», 1927-28) y «Umanitarismul» (1929-30, Bucarest) he publicado también artículos firmados por libertarios de todos los matices, de Rumania y de otros países. Mi «humanitarismo» es también antiautoritario, antiestatista, apolítico y antipolítico; proclama el pacifismo integral, el postulado individual y no ignora nada de lo que se denomina revolución económica y revolución social. Es en la «Enciclopedia Anarquista», de Sebastián Faure, donde he expuesto ampliamente la significación del «humanitarismo». Mis «Principios humanitaristas», traducidos en catorce lenguas (y muchas veces en algunas de ellas), han sido publicados igualmente en folletos y periódicos editados por diversos grupos libertarios. Haría falta una extensa bibliografía para mostrar la buena acogida que he encontrado en los medios anarquistas, individualistas, socialistas-libertarios y anarcocomunistas, y eso sin hablar de los movimientos pacifistas y humanitarios.

No estoy, pues, asombrado de verme gratificado con el nombre de humanitarista-libertario-anarquista-individualista, o de otro modo. Ello es una prueba de la afinidad que une a esa gran «familia humana» de la cual los miembros, esparcidos en este vasto mundo dominado por la intolerancia y la violencia, persiguen los mismos fines: la libertad y el desenvolvimiento del individuo; la justicia, que jamás está basada sobre la opresión y la esclavitud; la fraternidad, que significa la solidaridad social y espiritual de la Humanidad, la cual es también un organismo mundial del que las células —los individuos—pueden y deben vivir mediante el apoyo mutuo, en armonía creadora.

En ese sentido es en el que me asocio a los votos expresados por «La Obra», publicación anarquista de Buenos Aires, que, dando cuenta de la situación en Rumania (abril 1949), concluye: «Se ha asegurado que en las actuales circunstancias el anarquismo no podrá reorganizarse en Rumania, ni ningún otro movimiento que no responda a la orientación del despótico régimen bolchevique. Sin embargo, basta observar la lucha clandestina de resistencia a sus opresores que sostienen los anarquistas, en Bulgaria, España, Portugal y otros países, para negar validez a esa afirmación. A pesar de todos los despotismos, el hombre tiende siempre hacia la libertad, y en las entrañas del Pueblo vive y se agita eternamente un sentimiento instintivo de repudio a sus déspotas. Y en ello basamos nuestra opinión para señalar que tenemos fe en la recuperación de ese Pueblo, pese a la acción nefasta de la dictadura roja.»

**Eugen RELGIS**

* * *

## POST-SCRIPTUM

En el periódico «Organización Obrera», de Buenos Aires (julio de 1949), he encontrado un suelto, reproducido integralmente de «Ruta», de Francia, titulado «La voz anárquica de Rumania», de que ya hablé cuando se publicó. El autor, A. P., se refiere al gran historiador del anarquismo, Max Nettlau. He aquí el suelto:

«Según Max Nettlau («Bibliografía de la Anarquía», 1896), los orígenes del movimiento socialista rumano son anarquistas. Su fundador fué Nikolai Petrovitch Dragosch (Zubku Kodreanu), cuya biografía en lengua rusa, por Z. Ralli, apareció en 1879, en Ginebra. Sus discípulos, el doctor Russel y Joan Nadejde, hicieron una intensa propaganda en Besarabia, en 1879-1881, editando en Jassy un periódico y varios folletos. Dos años más tarde (1884-1885), C. A. Filitis y G. Munteanu trasplantaron a Bucarest el centro de la propaganda escrita, donde el primero editó una revista. «Toda esta literatura es más o menos anarquista», dice Nettlau, y añade: «Hasta 1886 no logra introducir C. Dobrogeanu el marxismo en Rumania, que sirve de máscara a los socialistas convertidos en vulgares políticos.»

El anarquismo resurge vigorosamente con Ch. A. Teodoru, Pescani y los compañeros italianos emigrados; Panait Zosin y Panait Musoiu polemizan con Joan Nadejde, convertido a la socialdemocracia, fundan la revista «Munca», traducen y editan a Reclus, Most, Malatesta, hacen del movimiento anarquista rumano el movimiento más vigoroso de todos los Balcanes. (Para más amplias informaciones, ver «Der Socialist», de Berlín, 5 de septiembre de 1896.)»

Siendo conocido el cuidado con que Max Nettlau comprobaba sus fuentes de información, reconocemos la exactitud de los datos. Agregamos que Z. Ralli, el autor del folleto citado, era el seudónimo de Zamfir Arbure, y que murió en Bucarest, muy viejo, después de la primera guerra mundial. Ha publicado en rumano un libro de memorias concerniente a su acción y sus detenciones en Rusia. De ellas se encuentran extractos en traducción inglesa, en el volumen consagrado a Eliseo y Elie Reclus, editado e impreso por Joseph Ishill («The Oriole Press», Berkeley Heights, N. Y., 1937).

La revista de Joan Nadejde se llamaba «Contimporanul», y su colección fué muy consultada por sus estudios sociales. Con un grupo de intelectuales socialistas, Nadejde ha pasado después a las filas del partido liberal rumano, uno de los más reaccionarios, a pesar de su nombre. Las polémicas que Nadejde y sus «generosos» han tenido con el anarquista Musoiu y el socialista C. Dobrogeanu-Gherea han sido, sin embargo, útiles para clarificar un poco la confusión que reinaba en los diversos campos «ideológicos».

Pero cuando Nettlau dice que «toda esa literatura era más o menos anarquista», debemos añadir que la influencia de los refugiados rusos en Rumania, hacia el fin del siglo XIX, fué harto variada. Si había adeptos de Bakunin o Kropotkin, no se puede ignorar la influencia de los socialistas-revolucionarios rusos, cuyo doctrinario era N. C. Mihailowski. Una de las ideas esenciales de su concepción filosófica y social era «la ley universal de la lucha por la individualidad». En mi revista «Umanitatea», de Jassy (Rumania), Alexis Nour ha expuesto esta doctrina (números 1-6, 1920). Yo le consagré algunas páginas en mi libro «El Humanitarismo y la Internacional de los intelectuales» (Bucarest, 1922). Este capítulo, ampliado, se ha publicado en francés: «Umanitarisme et Individualisme», en un folleto editado por «L'en Dehors» (Orléans, 1932), y también en español, Colección de «Cuadernos de Cultura» (Madrid, 1933).

¡Todo eso es ya Historia! Los últimos cincuenta

años de socialismo autoritario han culminado, en Rumania también, en el régimen comunista totalitario, que sofoca sin piedad toda voz de libertad. Pero en Bulgaria, el país vecino, los libertarios—a pesar de su martirologio—son aún numerosos y el mundo retumba de sus gritos de revuelta.

**E. R.**

# LA LIBERTAD Y EL ESTADO

NUESTRA época, que con seguridad está predestinada a tomar como nombre histórico «la de los grandes Estados», nos está demostrando, más rotundamente cada día, que el problema fundamental que el Estado plantea al hombre es el de la libertad.

Esta es una verdad que ha venido siendo incomprendida—podría decirse que ha pasado inadvertida—por la mayor parte de las tendencias filosóficas e ideológicas de nuestro tiempo. Fué esta la piedra angular que dió en Proudhon base al anarquismo como corriente filosófica. Pero, inclusive dentro del cauce de esta corriente, quizás por excesiva preocupación hacia los problemas inmediatos, no se llegó a considerar, hasta el momento en que la experiencia nos golpeó en la frente, la importancia que el problema merecía.

Debe anotarse que fué pura y exclusivamente el anarquismo quien apuntó siempre al Estado como la negación de la igualdad social y la justicia. Fué precisamente la lucha por esa igualdad social contra el capitalismo, apoyado y amparado por el Estado, la que desplazó en cierto modo a un plano posterior la verdadera idiosincrasia del Estado, en tanto que negación de la libertad individual. A fuer de marchar juntos, y a pesar del desdoblamiento que Proudhon supo percibir como nadie, el Estado y las clases económicamente poderosas dieron la impresión de ser una misma cosa. El gigantesco desarrollo del Estado—crecimiento patrocinado por el capitalismo, por ejemplo en Italia, pero no en Rusia—, puso de manifiesto que si el capitalismo era un principio de expoliación económica, el Estado, por su cuenta, no era tan sólo la espada que imponía ese principio, sino que poseía una propiedad inherente a su naturaleza que tendía a la anulación del movimiento y hasta del pensamiento individual. El propio capitalismo, con la miopía que le es característica para todo aquello que se refiere a valores humanos, no se ha percatado todavía enteramente de ello.

El Estado moderno, con su proceso de centralización e intervención en todos los aspectos de la vida de un país, es en realidad la consecuencia de la oposición sistemática del capitalismo a la socialización, cada día más necesaria al hombre. La nacionalización, como vértice de la Economía dirigida, viene a ser hoy el último baluarte de la diferencia de clases y del privilegio. Es, en verdad, el último monopolio en que forzosamente tenía que concluir el sistema capitalista, y que sólo un Estado policíaco y despótico es capaz de sostener.

Pero cuando el proceso estatal ha llegado a dicho grado de desarrollo, al monopolio absoluto, es cuando se pone enteramente de relieve la diferencia —que todavía hoy está pasando inadvertida para muchos—entre el capital y los capitalistas. El primero es un problema de sistema, de engranaje diremos si queremos expresarlo de un modo más gráfico. El segundo lo es de personas, de individuos. Por eso cuando el capital ha entrado dentro de la órbita del monopolio estatal, como en el último de sus reductos, el capitalista, la persona, el individuo ha quedado excluído de él, por lo menos en la forma de su vieja clase. Sólo en el grado en que le ha sido posible adaptarse al nuevo sistema del monopolio absoluto, como pieza funcional de ese sistema, ha podido conservar sus privilegios. Dicho de otro modo, como lo hace notar García Pradas en sus estudios dedicados a este problema, el Estado moderno constituye en cierta forma la creación de una nueva clase que se alimenta y obtiene privilegios en tanto que empleada de ese monopolio único y en la medida en que lo sirve.

Tómese como ejemplo lo que fueron los regímenes de centralización estatal en Italia y en Alemania, cuyas ligeras diferencias no son más que variantes circunstanciales. Considérese asimismo el actual régimen de España y estúdiese la trayectoria de la curva a que el capitalismo está impulsando a la mayor parte de países llamados todavía democráticos.

De cómo la tendencia marxista ha llegado a conclusiones idénticas—como lo demuestra la experiencia rusa—, es cuestión que merece párrafo aparte. La aberración ha consistido precisamente en no haber sabido diferenciar entre capital y capitalista. Haber imaginado que los individuos que constituyen un Estado absoluto, centralizador de toda la Economía de un país, iban a dejar de ser una clase privilegiada e iban a dejar de defender su condición de tal en todo momento, es una ingenuidad inaceptable. La experiencia rusa no ha servido más que para mostrar a los capitalistas la forma en que podían superar su crisis, salvando al mismo tiempo, en tanto que individuos, su situación privilegiada. El fascismo ha sido la consecuencia de esa lección. En forma alguna es cierta la supuesta necesidad de un Estado totalitario para llegar a la sociedad sin clases. La posibilidad de llegar a ella, ante el hecho hoy consumado de la existencia de ese Estado absolutista, no se halla precisamente en la forma de fatalismo histórico en la que los marxistas más avisados están demostrando no creer tampoco, sino en la de la lucha contra esa nueva clase estatal, sea su origen cual fuere. Lo que no se nos escapa es que ahora esta lucha va a ser mucho más difícil, por la razón evidente de que esa nueva clase estatal posee todas las armas en sus manos y porque no repara en suprimir la poca libertad individual existente para sostenerse. En esa deshumanización de los procedimientos radica la verdadera condición del Estado. A los individuos privilegiados no les sería posible utilizar tales procedimientos si no fuesen amparados por una razón de Estado. El sistema estatal, materializando su forma abstracta en los individuos que lo constituyen, hace posible esta utilización.

Estamos de lleno en el problema del individuo, con todo el bagaje de libertades que su propia existencia

implica, frente al Estado que justifica la suya sólo por la negación de dichas libertades. Dice Albert Camus, a este propósito, que existe una característica en el Estado moderno—la burocracia—que hace que cuando debemos dirigirnos a alguna de sus dependencias, en cumplimiento de cualquier obligación entre las muchas que nos impone, no tropecemos jamás con un sér humano. El empleado estatal no es un hombre que pueda decidir por iniciativa propia y de una forma humana en cada caso. Es simplemente un funcionario, un resorte del engranaje. Lo afirma él mismo en cuanto la rigidez de las tablas que le han sido colocadas entre las manos nos obliga a protestar. No estamos, pues, hablando con un hombre. El hombre, si no se ha identificado todavía mucho con las tablas que le han proporcionado, es en muchos casos capaz de comprendernos. Pero allí, sobre su pupitre, están los rígidos mandamientos como una muralla entre las dos humanidades. El Estado está allí presente, y, por lo tanto, lo humano no puede tenerse en cuenta.

Esta deshumanización apuntada, se reproduce en todos los demás aspectos de la vida de un país a medida que el Estado los interviene y monopoliza. El hombre va desapareciendo progresivamente en la proporción en que las libertades individuales van siendo suprimidas. Ya no es el trabajador quien produce, ni el filósofo quien piensa; la belleza ya no la crea el artista, ni es el escritor quien se expresa. Unicamente el Estado produce, crea, piensa y expresa. Al individuo no le queda más libertad que la de someterse a ese sistema de producción y aceptar como belleza y pensamiento los que expresa el Estado. Los funcionarios, la nueva clase, son los encargados—deseosos de mantener su posición de privilegio económico, que no siempre se refleja en el salario, sino en la impunidad de que gozan para proporcionarse ingresos extraordinarios—de que tal aceptación se cumpla a rajatabla.

No es, pues, tal o cual libertad del individuo lo que el Estado pone en discusión, sino la propia humanidad del hombre. Y contra esa anulación de lo racional es contra lo que el hombre siente necesidad de rebelarse. No hay progreso, ni belleza, ni verdaderas corrientes de pensamiento humano donde las libertades individuales han sido suprimidas. Ahora más que nunca, el hombre tiene necesidad de que nuevas ideas surjan de su mente, capaces de ponerlo sobre la ruta de las soluciones humanas, frente a los grandes problemas que la utilización de la técnica y de la ciencia le plantea. El verdadero obstáculo con que tropiezan esas humanas soluciones es el proceso de desarrollo en que se encuentra el Estado en la mayor parte de países.

Todo problema tiene su forma interrogativa. El que el Estado le plantea al hombre es el de si quiere seguir siendo un sér racional, humano, o si prefiere construir con los progresos técnicos y científicos—fruto de su razón libre—un hormiguero donde queden limitadas para siempre sus posibilidades de una vida mejor.

Los llamamientos que algunos hombres, aunque pocos y dispersos, hacen a la razón humana, permiten esperar que finalmente nos decidiremos a considerar de nuevo la libertad individual como principio de todo valor humano. El anarquismo tiene derecho a la satisfacción de haber sido el primero en percibir los peligros que en el Estado se encerraban, y de haber sido al mismo tiempo la corriente filosófica que con mayor impulso ha venido oponiéndose a su desarrollo.

**J. CARMONA BLANCO**

## OROGRAFIA INVERNAL

# EL MONTE BLANCO

UNO de los fenómenos naturales que más atrae a los hombres son las montañas. Por algo somos descendientes de los que en ellas tuvieron su cuna; no precisamente en sus cumbres, sino en sus vertientes y sus faldas, que les ofrecían cobijo en sus cavernas, defensa en sus alturas y alimento en sus animales, sus plantas y sus torrentes.

Las montañas, además, como el mar, nos infunden admiración y respeto; no por la ley física de la masa, sino por la ley moral de su serenidad y su grandeza, pues en ellas no hay nada nimio ni insignificante.

Las montañas se eslabonan como cadenas inmensas y forman lo que llamamos cordilleras; especies de vigas de carga del edificio del mundo, como sólidas llaves del arco que constituye la redondez del planeta; siempre algo importante, algo notable, algo definitivo. Ellas son las espinas dorsales de los continentes, a su solidez están supeditadas todas las tierras, y cuando la bravura de los mares llega a las bases de las montañas, se rinde a ellas, impotente, después de los más inauditos esfuerzos.

Dos cordilleras importantes tenemos en nuestra proximidad, con la notable coincidencia extraña de su diferencia de orientación: los Pirineos y los Alpes. La primera nos es muy conocida, pero la segunda no nos lo es tanto.

Los Alpes son la frontera natural de Francia con Italia y Suiza, o sea sensiblemente perdendiculares a la orientación pirenaica, habiéndose dividido en tres principales secciones: Alpes Occidentales, Centrales y Orientales. Tienen 1.200 kilómetros de longitud y una altura media sobre el mar de 2.500 metros, siendo ricos en cumbres famosas y picos renombrados en el mundo científico. Los principales son: el Monte Blanco, Rosa, Cervin, Pelvoux, Viso, Genèvre, Cenis, Simplón, Saint-Gothard, etc. Desde Francia se pasa a Italia por varios puntos de tan escabrosa cordillera, como asimismo se atraviesa desde Suiza por diversos lugares, tanto por medio de carreteras como por caminos de hierro que utilizan túneles gigantescos, obras magníficas y admirables que son evidentes vehículos de fraternidad humana y de positivo progreso.

Varias e importantes particularidades contienen los Alpes, y una de ellas es poseer la cumbre más alta de Europa después del Cáucaso. Es la del monte que encabeza estas líneas: el Monte Blanco, que se eleva a 4.810 metros sobre el nivel del mar, y tanto en esta altura como en otras varias, así como en ciertas elevadas cuencas, existen nieves eternas o perpetuas, es decir, que la tmperatura es siempre sumamente baja.

Otra particularidad interesante se refiere concretamente al pico del célebre Monte Blanco, y es que está situado en el punto preciso en que se reúnen los límites de tres naciones: Francia, Suiza e Italia, de tal suerte orientadas que un excursionista que pasase un día completo en aquella cima, vería salir el Sol por Suiza, a mediodía observaría al Sol sobre Italia y lo vería luego ponerse por tierras de Francia.

Es evidente que no es único en el mundo este caso de verse superadas las divisiones territoriales humanas por la lógica natural, porque de todos es la luz y de todos es la tierra, pero lo citamos por su proximidad y general desconocimiento, no obstante la satisfacción y complacencia que ocasiona su comentario.

Conocemos perfectamente la constitución geológica de los Alpes y la intrincada topografía de los mismos. Es, como todas las grandes cordilleras, una arruga enorme de nuestro planeta iniciada en las primeras edades de su formación. Cuando todas las rocas eran cristalinas y estaban blandas como la cera y la Tierra se contraía rápidamente bajo las primeras lluvias, ocurría en la Tierra lo que ocurre en un globo cuando se deshincha: se arrugaba. Al disminuir de volumen interno, le sobraba superficie y formaba largas montañas, proporcionales al globo, pero montañas, aristas salientes, algo que estabilizaba el problema en una forma determinada y concreta.

Aparte la Geología (Ciencia de la Tierra) y la Ciencia en general, nosotros amamos a las montañas—ya lo hemos dicho al principio—, pero estimamos oportuno insistir en el tema, que es infinito como el tiempo y como la esperanza.

Cuando el hombre estudioso realiza excursiones a altitudes superiores a 2.000 metros, cree haber traspasado el dintel de un nuevo mundo. La soledad, el silencio, la inmovilidad y la muerte aparente le rodean a todas horas. El no es nada, no representa nada. Sobre estas superficies cubiertas de nieve que rodean los picos pelados, desprovistos de toda vegetación, donde la presencia de un sér animado es accidental, la Naturaleza trabaja sin descanso, tan activamente como en el seno de los océanos, aparte y sin tener en cuenta la existencia de los hombres, pues éstos, en aquellos laboratorios superiores, son unos verdaderos intrusos.

Porque, en efecto, todo parece decirles: ¿Qué venís vosotros a hacer aquí? Retornad a vuestros campos, volved al nivel de los ríos, a los valles feraces y floridos donde estáis aclimatados; aquí no pueden ocurriros sino desgracias. En estas altas regiones obedecemos a leyes demasiado imperiosas para vuestra manera de ser, hombres débiles y quizás degenerados. Idos a elevar diques y pretiles a lo largo de los ríos; a construir presas para retener todas las aguas salvajes que huyen hacia el mar, aprovechando las fuerzas que os brindan, llevadas por los conductores de sus hilos líquidos; a levantar

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS


promontorios de piedra por todas las costas que sean refugio de abundantes industrias marítimas; a abrir pasos por debajo de las montañas para que crucen vuestros vehículos con facilidad de uno a otro valle. Esta es vuestra labor; aquí, ya os lo hemos dicho, no sois nada, no podéis nada; dejadnos tranquilos como elementos desinteresados de la Naturaleza...

Y, entretanto, desoyendo los consejos del viejo coloso de granito tocado con un inmenso turbante de nieve petrificada, los hombres, inquietos buscadores de lo desconocido, hacen esfuerzos para subir más arriba y ver de más cerca los formidables aunque callados fenómenos que se producen en las cumbres. Su inteligencia sospecha solamente lo que ocurre en el seno de esos laboratorios en cuanto a sus trabajos gigantescos, de los que, aun a pesar de todas las investigaciones, el hombre apenas ha captado todavía los más sencillos elementos de las fuerzas creadoras, omnipotentes, que ponen en movimiento.

Perdonad que canse vuestra atención; mi objeto no es enseñaros cosa alguna, sino despertar la atención sobre estas cuestiones que son fundamentales para los intereses populares, y crear en todos los espíritus la preocupación de los grandes problemas sociales que consisten en aportar a la ayuda del hombre las fuerzas que la Naturaleza nos ofrece generosa, y que regala, como premio, a los que se ocupan de ellas, dejando de lado las tristes querellas del interés personal y de clase.

La Humanidad ha de mirarse en los espejos serenos de las altas cimas; en las blancas cabelleras de nieve y hielo que bajan hasta los hombros de los colosos de roca maciza que se desgastan por ella. ¿Qué menos hemos de sentir que gratitud y reconocimiento? ¿Qué menos, que deseos de estudiar, para legar a las generaciones futuras un ejemplo y un principio de regeneración basada en el trabajo y en la paz segura? Por algo dijo el naturalista Help: «Las corrientes que hacen girar las ruedas de las máquinas del mundo nacen en los lugares solitarios y fríos de las alturas.»

Monte Blanco y montes nevados en general, cumbres admirables y poderosas que sois páginas albas sobre las que ha de escribirse la historia futura de la virtud y del bien, la Historia noble y generosa, todavía virgen como la blancura de la nieve.

**Alberto CARSI**

# NOTAS

## EPICURO

Entre las alusiones a Grecia, ¿quién no ha leído que Epicuro era un cerdo? ¿Quién no ha visto la frase *piara* aplicada a una pocilga humana? No hay tal. Un helenista—Mauricio Solavin—de origen rumano, ha podido reivindicar la verdad 2.281 años después de morir Epicuro, situando a éste entre las figuras salientes del pensamiento universal y de la moral. La reivindicación, sin embargo, estaba hecha, pero la de ahora es más completa.

Exaltaba el placer, ciertamente. Veamos lo que entendía por placer. «Cuando decimos que el placer es nuestro objetivo, no nos referimos a la disipación. Eso dicen los que desconocen nuestra doctrina o la interpretan en mal sentido. El placer se caracteriza por ausencia de dolor físico y ausencia de turbación en el ánimo. El licor y la orgía no son placeres, ni lo son las expansiones entre hombres y mujeres, como tampoco los manjares tenidos por selectos. El placer reside en la razón vigilante que inquiere con minuciosidad lo que hay que elegir y lo que hay que evitar» (pàgina 79 de la obra «Epicure», por M. Solavin, Paris, 1939). Luego el placer es pensar, no beber ni retozar, aunque se beba y se retoce por añadidura y previa deliberación, sin ser juguete ni prisionero de nadie, ni de sí mismo.

El texto no es dudoso. Ved este otro: «No se puede llegar al bienestar si no se es sensato, honesto y justo, ni se puede ser sensato, honesto y justo sin gozar de bienestar. El que se priva de una de estas tres condiciones, como por ejemplo, de la sensatez, no puede aspirar al bienestar aunque sea honesto y justo» (página 84). Añade que es imposible vivir sin pánico cuando se inspira pánico y que en la mayor parte de los hombres la calma es letargo y la emoción furia. Elevados conceptos. Están probados con referencia a Diógenes Laercio, que dió fe de la vida y de la obra de Epicuro. ¿No son opuestos al cinismo que secularmente se atribuyó al maestro griego?

En sus cartas se descubre todo lo contrario de lo que se cree corrientemente doctrina epicúrea. Escribe a un amigo: «Envíame un cacharro de queso por si quiero darme un banquete suculento.» Afirma en otro lugar que con pan y agua se satisface. Atribuía a un puñado de aceitunas la calidad de una codorniz. ¿Puede pasar por sibarita un hombre así? El banquete mejor para Epicuro era el que al terminar de comer no recuerde el comensal lo que comió sino lo que se habló o trató en cordial amistad.

Tres criterios de certeza se advierten en la filosofía de Epicuro: sensaciones, sentimientos y presentimientos. Más de tres siglos antes de nuestro tiempo bosquejó lo que hoy mismo alimenta la sugestión de los debates humanos de altura, dominados, no por el tema de la selección, sino por el de la autoselección.

Las sensaciones *traducen* lo que puede hacer el hombre moderno. Primero: por el criterio de selección al reaccionar. Entre dos seres que contemplan la caída de un objeto, puede haber uno que no vea más que la caída y otro que sea Newton y descubra nada menos que la gravitación como ley. Segundo: la sensación es experiencia ajena a cualquier principio premeditado. La sensación que produce el árbol en un labrador, en un naturalista, en un pintor o en un urbanista es distinta. Cada cual ve el árbol a su manera, pero no sin formación individual anterior, ajena a las improvisaciones. Cada cual experimenta una sensación diferente y cada cual metodiza o puede metodizar la sensación más allá del particularismo profesional, incorporándola a la de otro para servir al conjunto sociable. Tercero: la sensación varía según el temperamento, la educación o el humor del que la recibe, lo mismo en el mundo físico que en el moral. Una epidermis delicada, una sensibilidad refinada se impresiona mucho por un pequeño agravio, mientras que la epidermis de elefante no se impresiona poco ni mucho. En fin, las sensaciones constituyen hoy material de observación dividido y subdividido hasta el infinito.

En cuanto a los sentimientos, tienen importancia tan excepcional, que las ciencias experimentales se consideran ellas mismas insuficientes sin incorporar los sentimientos a la Antropología, valor sin valor si estudia al hombre exclusivamente como laboratorio de fisiología o entidad de raciocinio. Los impulsos motores de la vida, tal vez los más determinantes y a menudo los más ocultos, incluso negados y hasta insospechados, están en la otra mitad del ser (el sentimiento) y los antropólogos incompletos se contentan con analizar una sóla mitad (el raciocinio).

Acerca de los presentimientos, si apartamos de su estudio el charlatanismo y la buenaventura, veremos que pueden ser pruebas de lucidez para síntesis no improvisadas. En realidad el presentimiento gratuíto o caprichoso, apenas existe. Por mucha que sea la actividad concedida al subconsciente —éste viene a ser hoy en desdichadas manos de psicoanalistas de tarifa una especie de cabeza de turco—existe y actúa aquel subconsciente de manera efectiva. probada, comprobable para enjuiciar con tino. Si se dice que fulano enjuicia con rapidez y por consiguiente con poca responsabilidad, hay que probar esta poca responsabilidad *en los resultados,* no darla como tal alegando únicamente la rapidez. Esta puede condensar un largo proceso de madurez desembocando en fórmula rápida y escueta como el binomio de Newton, pero con desarrollo anterior en el tiempo y en el cálculo. Hay en muchos casos en el presentimiento tal fusión de sentimiento y razón, tal amalgama de ponderables y de imponderables, que las experiencias modernas consideran aquella fusión como base de ciencias nuevas. Epicuro se adelantó a prevenir un bosquejo sugestivo del futuro.

La voluptuosidad es una negación cuando resulta posesiva, y no poseída. En el primer caso el hombre no es más que juguete de sí mismo, cosa tan lamentable como serlo de los demás. Epicuro establece la previa elección deliberada y no la conformidad sin deliberar. O sea, que deja abierta a la razón y al sentimiento la acción de estas dos categorías inservibles cuando actúan sueltas.

Decía Balzac genialmente que el hecho de querer abrasa, el de poder inutiliza y el de saber nivela y serena. Ya tenemos un reflejo de Epicuro, pues el ser puede seleccionarse por autodeterminación, templando con el saber la fiebre alta de voluntad y la mezquindad de dominar. El supremo saber es elegir al elegirse, filtrar entre los deseos del tumulto interior los que no están degradados por la pedantería o por el resentimiento que si acepta la fuerza bruta desemboca en una vida de brutalidad. «Entre los deseos—dice Epicuro—los hay naturales y necesarios, los hay naturales que no son necesarios, y los hay que no son naturales ni necesarios, sino productos de vanidad». La regla segura contra la vanidad consistirá en seleccionar los deseos en tromba para no caer en su red envolvente siempre tejida con angustia y perfidia. ¡Tregua a esa angustia que parece formularse como obligato-

ria por el existencialismo y nada tiene de fatal ni de incurable!

En lo más hondo de la filosofía griega late una especie de ejercicio saludable de serenidad. Nuestro inolvidable Han Ryner calibró el mundo griego con probidad. Si discutió por tolerancia con André Colomer—que acabó por ser bolchevique de fila propagando los dogmas de sus amos en la controversia con Han Ryner y antes—seguimos teniendo en el maestro de «La sabiduría riente» un reflejo de la eternidad griega, toda ella antípoda de la fuerza bruta y triunfante contra ella, mientras Colomer fué un pigmeo con melenas inscrito ya eternamente en el santoral del Kremlin después de difundir las más siniestras consignas en los medios avanzados, que lo radiaron concluyentemente.

**F. ALAIZ**

# TARTARINOPOLIS

En el ragú de la cultura occitánica—de Toulouse, del Languedoc, de Provenza, del Midi francés en general—también se nos da gato por liebre. También en ese guisado se mete más paisaje, verdura y laurel que carne. Y no parece sino que ante el plato que digo, estemos siempre delante de un telón del «Cuento de Abril» valle-inclanesco.

Ramón del Valle-Inclán vivió y murió entrado a toda hora a saco por las garrapatas de la edición y comido de pulgas. Pero, le dió por fantasear cómicamente que habitaba palacios de cristal, era huésped de abades mitrados y se acostaba con canonesas y bellezas ducales. No le privo el gusto, pero no se lo alabo. Y menos me llamo a la parte en él. A mercedes de reyes de baraja y a favores de princesas Micomiconas ¡abrenuncio! En alas de un mandil de bodegón y un coponazo de crudo de la tierra, brindado por la hospitalidad paisana, sube cualquiera más deprisa al Paraíso.

Cabalmente es eso lo que no les cabe en la bola a los que nos sirven de los trovadores una leyenda perfectamente intragable. Hubo uno de la pandilla—Pedro Cardenal— que escribió desolladora sátira contra el dinero, a la que pertenece este dardo: «Ni milanos ni buitres huelen tan aína el barranco que un burro muerto perfuma a lo flor, como clérigos y predicadores al cinturita de que pende una buena bolsa».

Marcabrú, Bertrand de Born y otros felibres del olivar catalano-provenzal tienen alguna otra perla del mismo oriente claro. Pero, en conjunto, la banda juglar no lo era más que de música celeste; de bandidos tal cual vez, como la que capitaneó Guillermo de Bergadá; y casi siempre de bufones, de mangantes, de curdas, de bohemios, de atorrantes, de silbadores de silvas y de parásitos.

Sus amoríos con Ermengarda de Narbona, con Esclaramonda de Castellbó, con Azalais de Porqueiragues y otras visiones de nombre no menos eufónico y poético, ya se ha demostrado que son macanas o camándulas de camandulenses melenudos y cabras tristes de Juego Floral. Hasta el romance del siglo XIII, que cantaba que el castellano de Coucy, Ramón de Rosellón, le hizo comer a su esposa al horno la asadura del bardo Guillén de Cabestany, con quien le árboricultivaba el frontis, ha resultado pura filfa. Y no hay que decir la salvajada de aquel otro ogro feudal, de quien se pretendía que regaló a su cónyuge un sillón forrado con la piel del amante de la dama. De estas talabarterías debe hacerse mejor uso.

Entonces ¿no hay una antigua civilidad ilustre, vieja de ocho o nueve siglos, de la que se pueden engreir ambas vertientes del Pirineo oriental? Naturalmente que existe. Nada más que esa cultura no es trovadoresca, cortesana, palaciana, castillón-roja y de galanía, sino cotidiana, callejera, rusticoide y popular. Y no la representan Mireyas y Coupos Santos y suspiros de Romeos mezclados con estocadas de malandrín, sino los credos de los heresiarcas y de los revolucionarios antifeudalistas y antipapistas. Y de la que es capital, no tanto la sede de los Berengueres y los Raimundos, torres de orgullo bélico ambas, como la oscura y humilde y soñadora Albi.

Por mucho que el perro de los desmigues sexuales se hinche por la pata elegida, nadie podrá enterrar el hecho de que el problema internacional en los siglos XII y XIII lo constituyeron, no los liras o lilas Peire Vidal y Bernat de Ventadorn, sino el estrecho fanático Pedro de Bruys y el iluminado lyonés Pedro de Valdo, caudillo el primero de la secta de Albi, y el segundo de la de los valdenses.

¿Qué quieren unos y otros? Los albigenses, acabar con la impudencia y la sordicie del clero, así como con las prostituciones babilónicas de la Iglesia romana, y volver al cristianismo de la barca y la vela, de los apóstoles, los mártires y las catacumbas. Los valdenses o insabatos llamados así porque le daban el calzado y la camisa al primer pobre que encontraban, intentan abolir el tuyo y el mío, hacer astillas altares y tronos, restablecer los ágapes fraternitarios de las primeras hornadas bautistas, con la comunidad de bienes y de esfuerzos entre los hombres, que dicta la Naturaleza.

Para extinguir, sobre todo, el incendio valdista, que, desde el sur de Francia, se había corrido como la llama por un reguero de pólvora por todo nuestro bóreas pirinaico-cantábrico, hasta más allá de las Vascongadas y de León, creó Inocencio III nada menos que el Santo Oficio. Y mientras éste se organizaba lateranensemente, adelantáronse las masacres y quematinas de excomulgados, heterodoxos e insurrectos en Cataluña y Aragón, donde una Constitución de Pedro II, del 1197, decretó el pogrom de todos los herejes e insumisos, obligando a la población carnera a matarlos o a delatarlos, y autorizándola a despojarles de toda su hacienda, haberes y enseres; ukase, de que fueron víctimas no menos de dos millones de evangélicos norpeninsulares.

**Angel SAMBLANCAT**

# LA NOVELA COMTEMPORANEA Y DOS LIBROS DE JOHN DOS PASSOS

Un semanario parisiense de literatura, organizó hace algún tiempo una encuesta de cierto interés. Tratábase de ofrecer a la reflexión de varios escritores un problema complejo: frente a la situación prometedora en que se halla la actual producción novelística americana, ¿cuáles son las causas de que el mismo género literario, en Francia—pese a las figuras de Camus, Sartre y el veterano Mauriac—, se resienta de una profunda crisis de valores? La pregunta parte de un supuesto indiscutibles y que muy pocos se resisten ya a aceptar: novela y poesía francesas atraviesan una etapa de honda depresión—quizás la más grave desde principios de siglo—, mientras que la creación teatral, por ejemplo, vive, por el contrario, un período fructífero y francamente alentador. (La disposición del público es problema ajeno al planteado por la encuesta: ninguna relación existe—para citar un caso—entre el renacimiento de la literatura teatral y la acusada decadencia que por ella muestra el entusiasmo popular. Esta última cuestión es independiente de la primera; quizás de tanta importancia, pero fundamentalmente distinta).

La encuesta tuvo, como era de esperar, un notable eco. Numerosas fueron las respuestas, hasta el punto de que no pudo el semanario transcribirlas íntegramente, viéndose obligado a publicar, en general, fragmentos, y sólo alguna que otra contestación «in extenso». Inútil decir que el resultado fué una compleja diversidad de criterios, cada uno de ellos abordando casi siempre un solo aspecto del problema. Entre ellos—su enunciación exigiría un extenso estudio—, he aquí el que nos interesa: la novela francesa es obra de eruditos, discípulos de normas y tradiciones literarias cuyo análisis profundo les es familiar, y hombres que—aun siendo jóvenes, como varias figuras surgidas en la post-guerra—han enfrentado la vida casi únicamente en calidad de literatos. Hombres para quienes la novela ha sido una tesis doctoral o un nuevo curso universitario.

Tal situación es la antítesis del actual panorama americano. El novelista estadounidense—las excepciones no niegan la regla—ha llegado a la literatura por caminos diversos, extraños a la propia literatura. Ha visto la vida desde ángulos desiguales y heterogéneos, de los que la novela ha nacido como una síntesis a la que se integra esa diversidad; ha visto como hombre—en la multiplicidad inagotable del *hacer* humano—y sólo después ha descubierto la literatura como otro *hacer*, susceptible de ofrecer la visión más amplia. La novela ha sido para él vocación descubierta por una inquietud vital, y no por el aprendizaje paulatino de una norma. Ha vivido primero, ha creado después.

La oposición entre uno y otro camino—unilateralmente literario en Francia, integral en Estados Unidos—explica la existencia de una crisis novelística en aquel país, y un florecimiento en éste. Los resultados no podían dejar de ser distintos, habiéndolo sido los esfuerzos. Tal vez la salvación de la novela francesa, consista en comprender que la erudición no es la única medida del hombre.

o o o

John Dos Passos es un ejemplo de esa formación literaria que ha necesitado de múltiples tanteos en la vida antes de definirse y adquirir conciencia de su realidad. (Si ha nacido para la novela, en todo caso ha tenido que descubrir su propio destino: eso es lo esencial y lo justo, y no la obediencia pasiva a una supuesta vocación que ningún impulso hondo ha revelado). La última etapa de Dos Passos, en su marcha hacia la novela, ha sido el periodismo: algo así como una suprema preparación—no importa si consciente o inconsciente—preliminar al impulso final que lo llevaría a su órbita: en la que ha quedado firme, seguro de sus fuerzas, con la convicción de haber vivido lo suficiente para crear vidas.

«Paralelo 42» y «La primera catástrofe», libros cuya lectura ha originado estas líneas, forman parte, junto con «El gran dinero», de la trilogía que el autor ha denominado «U.S.A.». El título es un anticipo de lo que Dos Passos ha intentado presentar en su obra: una visión panorámica de la existencia norteamericana, que lograra captar la variedad caótica de un período dado—representativo de la edad contemporánea—en el vivir del Nuevo Mundo. No se trata, sin embargo, de una historia novelada: el autor de «Manhattan Transfer» ha querido simplemente trasladar al arte la realidad poliforme de la época moderna, plasmando su complejidad en una novela que refleja al hombre americano como causa y efecto de su ambiente. Novela que enfrenta a sus héroes—héroes que, ya volveremos sobre ello, desconocen todo heroísmo—con el trágico o grotesco clima social en que actúan, y con los acontecimientos que la Historia forja a sus espaldas. Novela, en fin, que tanto tiene de burlesco como de dramático, y en la que el interminable cortejo de protagonistas desempeña en realidad un papel secundario, mera excusa para dar paso a una extraña sinfonía apenas audible: el fluír y el sentido del tiempo americano.

Alguien ha evocado, al referirse a la obra de Dos Passos, la «Comedia Humana», de Balzac. Una y otra construcción novelística, empero, difieren en cuanto a aliento y contenido. Hecho comprensible de por sí, sin necesidad de otros argumentos, cuando se recuerda que el francés ha sido el típico creador del siglo XIX: figura representativa, como pocas, de concepciones, técnica y estilo insuperables de su época; Dos Passos, en cambio, hijo de este siglo, encarna una etapa posterior de la novela, en la que son evidentes las huellas de una hora radicalmente opuesta a la pretérita: el tiempo, y sólo el tiempo, bastaría para explicar la diferencia.

Ahondemos, sin embargo, en ella. Mientras la «Comedia Humana» es un grandioso edificio construído a base de análisis psicológico individual, para desembocar luego, por natural síntesis, en lo social; mientras Balzac logra el estudio colectivo de una clase partiendo del estudio inflexible y severo de sus componentes, Dos Passos, por el contrario, consigue objetivo semejante con un método irreconciliablemente antagónico: su análisis es siempre social, colectivo, genérico. Enfoca al hombre no en tanto que ente individual, sino en tanto que clase—o movimiento, o doctrina, o aspiración—, en abstracto. *Ben Compton* carece de una psicología propiamente suya, así como carecen de ella *Dick, Moorehouse y Joe* Williams. La diferencia es enorme entre un *Rastignac* balzaciano, cuyo carácter es la suma de mil rasgos peculiares; para Dos Passos, la vida de un hombre tiene únicamente el valor de un símbolo colectivo.

Y esto nos lleva al escepticismo—negador de casi toda esperanza—que brota de «Paralelo 42» y «La primera catástrofe». Los héroes de Dos Passos, en efecto, son ajenos a la grandeza: el destino divino del hombre y la poesía de lo heroico no tienen para ellos una significación real. Sus vidas poseen un límite infranqueable, ante el cual se estrellan todos los esfuerzos—cuando existen—para superar la mediocridad y el absurdo en que se desenvuelven; su impotencia se traduce entonces en la embriaguez, en el olvido, en el

cinismo, en la indiferencia o en la consciente cobardía. Y como cada uno de ellos es un símbolo de valor social, el escepticismo adquiere un amplio sentido al que no es extraño ningún aspecto de la realidad: realidad en divorcio absoluto con la grandeza y la santidad humanas, demasiado hundida para aspirar a la gloria.

La interpretación, indudablemente, es subjetiva. Quizás haya otra más justa y menos dramática—protesta del hombre que es víctima de un destino impuesto por la hora y las circunstancias—, pero ello no quita a la novela su desoladora pintura de la humanidad impotente para ascender. Y la fuerza de Dos Passos consiste precisamente en su maestría para dar cohesión y resonancia a ese trágico concierto que sirve de música de fondo a la obra; maestría de la que el hombre sale empequeñecido, sacrificado, como si la anulación de la unidad fuera el exclusivo camino para salvar el todo.

Libro sin esperanzas, pero libro hermoso. Intuición artística que abarca toda la infinita complejidad de la época moderna—y su ritmo, factor esencial—, constituye otro triunfo de la novela americana. Novela que, como antes dije, ha comprendido que la erudición no es la única medida del hombre.

**R. MEJIAS PEÑA**

# "LA VIE ET LA MORT EN U.R.S.S."

Vamos a prescindir de la figura del autor de este libro para dedicarnos de lleno al comentario de su relato, realmente alucinante. La U.R.S.S. está en lo alto como potencia marcial de primer orden, y su suelo sigue siendo presentado como la *patria del proletariado*. Entretando, el desagrado por la cosa ursiana sube de punto a medida que la *esclavitud rusa* toma cuerpo, y lo toma a pesar de la existencia de un telón de acero tras el cual bulle dolorosamente el imperio del Gran Mogol bolchevique. A los ojos de cuantos quieren ver y saber, el *paraíso del proletariado* pierde sus supuestos encantos para transformarse en tierra de pesadilla.

El mérito de este descubrimiento se debe (y por esto el testimonio es superior) a cierto número de comunistas que fueron a la U.R.S.S. esperando encontrar en ella el sistema social que ellos mismos habían asegurado, en sus propagandas demagógicas, que allí existía. Y no; no dieron con el paraíso ambicionado, con el edén que figura en las cartas geopolíticas del Kremlin. Dolorosamente para ellos, la ilusión se había desvanecido.

Hay que respetar al comunista que, inducido a desengaño, tiene el valor moral de confesar públicamente que ha sido víctima de un espejismo. El Campesino es posible que pertenezca a esta categoría de hombres, aunque motivos hirientes nos obliguen a considerarle con reservas. Asesorado por su prologuista, este relator de atrocidades vistas en Rusia, justifica la disención con sus antiguos camaradas por su naturaleza anarquista, que en otro tiempo negó infligiendo duro trato a colectividades de trabajo libertarias de Castilla y Aragón. Con actividades semejantes desarrolladas por otros generales en la Rusia Blanca, en Ukrania, y en general en todo el territorio sovietizado, el poder moscovita llegó al régimen feroz que ha sometido a El Campesino, en su calidad de comunista depuesto, a las persecuciones que nos relata. Los regímenes de depredación humana, de imperativo policíaco y esclavizador, sólo pueden ser obtenidos y mantenidos mediante el terror organizado.

A pesar de lo que ha sido, El Campesino puede, en su libro, decir verdad. Para valorizarla, se esfuerza en llamarnos la atención sobre los campos de muerte nazis, calamidad que parecía imposible, pero que no lo fué: se vió cuando al paso de los ejércitos aliados se descubrió la verdad. El desprecio total a la criatura humana, el odioso vejamen inferido a la raza por las grandes tiranías del siglo XX, radicó innegablemente en Alemania y, pese a la indignación de los fervientes humanistas, continúa haciendo estragos en España y en la U.R.S.S., esta U.R.S.S. que ya los propios comunistas confesionales llaman *cielo del proletariado* en tono menor. No precisa que se esfuercen mucho los que, como El Campesino, están empeñados en perfilar la realidad del drama ruso. El propio telón de acero pone en guardia a toda persona consciente contra la supuesta moralidad revolucionaria de los prepotentes teloneros. Con la casa aseada y sin escondrijos, no puede temerse la visita de las personas decentes. Si la Siberia está poblada por colonos, por campeones del trabajo, y sus nieves no están afeadas por las pisadas de veintitrés millones de esclavos, ninguna razón de Estado debiera impedir, lógicamente, que tales trabajadores fueran vistos y felicitados. Porque no es comprensible se esconda la moral superior obtenida, las realizaciones sociales, los avances culturales, sanitarios, artísticos y literarios logrados. ¿Por qué razón impedir que el gran ejemplo bolchevique cunda, por visibilidad seguida de atracción, en los países sometidos a cruel imperialismo? ¿Por qué las fronteras del paraíso soviético permanecen herméticamente cerradas, no abriéndose sino en rendija para dar paso a los agentes en misión especial?

Todos los indicios y referencias inducen a creer en la existencia de una miseria imponente rigiendo los destinos de la U.R.S.S. Tanto es así, que los comunistas desarraigados de España vacilan en encaminar sus pasos hacia la tierra de promisión, hacia el cielo que les es propio, y aun a veces no vacilan: netamente, se niegan a ir. ¿Será superior la soledad sahariana o la hosquedad corsa, a la blanca Rusia, blanca por la nieve?

Situado raramente en Moscú, el comunista forastero abdica, consiente y traiciona. No tiene ya espíritu propio; no reconoce amistades. La mefistofélica N.K.V.D. guía sus pasos, sus pensamientos, y le imprime sus intenciones. Sin embargo, comunista independiente queda, por muchos que haya tragado la nieve. El Campesino ha tenido suerte y ha podido evitar que el frío elemento le haya servido de mortaja. Y ahí le tenemos denunciando, arrogantemente, el fallo de una Revolución que podía ser señera: ¡él, que bajo el influjo comunista hizo lo posible para que una Revolución verdadera—la española—dejara de ser! Y he aquí que en la U.R.S.S. la desigualdad es manifiesta tanto o más que en los países capitalistas. En el fementido paraíso, hay los *amos* que viven en la abundancia, y los *siervos* que se consumen de tristeza en ciudadanas chozas. En el campo, ni el knut ni la isba han desaparecido; tampoco la miseria, en tanto que el espionaje aumenta dondequiera. No rige ni siquiera el beneficio íntimo de la familia. Uno no está seguro de si su hijo es incapaz de denunciarle. El silencio es inmenso, y pavoroso. Un resbalón, una palabra sincera, pueden determinar la aniquilación moral y física del individuo. ¿Que ello no es verdad? ¿Que tal es la propaganda de los vendidos al imperialismo? Se estima la advertencia. Pero los niños españoles no

volverán, ni los aviadores, ni los marinos, ni los propios comunistas que en España pelearon contra Franco. Cuando no es la muerte, es el fatídico *telón* lo que se lo impide.

El relato de Valentín González, El Campesino, es indiscutiblemente interesante, y repetimos que lo afirmamos sin preocuparnos de su persona. Poco importa que sea, si lo es, un desgarrado, un extraviado sin posibilidad de asirse a un principio moral. Drama tremendo el suyo, y menos mal si su atroz experiencia determina la penetración de un rayo de luz en el opaco espíritu de los que fueron sus camaradas en España.

Por nuestra parte, a partir del episodio de los marinos de Kronstadt (hermosa juventud revolucionaria sacrificada por el Ejército Rojo) quedamos suficientemente aleccionados.

**J. COLL DE GUSSEM**

SOCIÉTÉ GÉNÉRALE D'IMPRESSION

Paisaje español (Sierra Nevada) moteado de trigo y árboles bravíos, humanizado por la presencia del caballero serrano.

FUNDACION PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

# NUESTRA PORTADA

Hambre y martirio, juventud perdida, dolor de España. Odio concentrado, sed insaciable de libertad. He aquî la idea inspiradora del dibujo que Forcadell planta — cartel de arte — en el pôrtico de esta naciente Revista.